

des. Nels

Vol 2

990/15

ॐ

# DHARMA



*Dagón*

REVISTA TEOSOFICA

PUBLICADA POR LA RAMA "VENEZUELA"

CARACAS

VENEZUELA



# SUMARIO

	Página
La Convención anual de la Sociedad Teosófica . . . . .	1
Los principios de la paz, <i>The Theosophical Quarterly</i> . . .	16
El Conde de Saint Germain, <i>H. P. Blavatsky</i> . . . . .	22
La guerra vista por dentro, <i>Men-tek-nis</i> . . . . .	23
A los Teosofistas de Costa Rica . . . . .	28
Fragmentos, <i>por Cavé</i> . . . . .	39
Como me hice Teosofista, <i>Enén</i> . . . . .	45
Recorte de los Yoga Sutrás de Patanjali, <i>Charles Johnston</i>	49
Cartas que me han ayudado, <i>William Q. Judge</i> . . . . .	52
¡Salve, oh Jesús!, <i>Román Grim</i> . . . . .	57
La Teosofía práctica, <i>C. A. G. Jr.</i> . . . . .	62
Preguntas y Respuestas . . . . .	67
Elecciones en la Rama "Venezuela" . . . . .	71
Ecos y Notas . . . . .	72

## La Oficina Central y Local de la Rama "Venezuela" de la Sociedad Teosófica

sita Norte 3, número 38, Canónigos a Esperanza,

está abierta todas las noches, especialmente los miércoles y los sábados, menos los domingos, de 7 a 10, y a sus reuniones, estudios, & puede asistir todo el que lo desee, sin necesidad de previa presentación ni pertenecer a la Sociedad.—Es un punto de reunión para todo investigador sincero de los problemas de la vida, donde se expone todo género de opiniones, de un modo completamente libre y amplio, como ha de ser lo compatible con el ideal de bondad y tolerancia que son de libertad y cultura bien entendidas.

**Hay una Biblioteca orientalista bastante extensa para el estudio de los concurrentes.**

**S** INVITAMOS a los miembros a enviar preguntas, a respuestas a preguntas, opiniones y notas sobre asuntos teosóficos. Cuidarán de escribir claramente, en sólo una plana del papel. Hacemos extensiva esta invitación a cuantos aspiren a conocer el concepto teosófico acerca de cualquier materia de filosofía, o religión, o de los muchos problemas de la vida. Diríjanse las comunicaciones al Norte 3, número 38, Salón de la Rama "Venezuela." CARACAS.

# DHARMA

PUBLICACION TRIMESTRAL

ORGANO DE LA

RAMA "VENEZUELA"

Ⓢ

SUSCRIPCION ANUAL: B 5.00



REDACCION Y ADMINISTRACION:

NORTE 3, NUMERO 39

CARACAS

Ⓢ

SUSCRIPCION ANUAL: B 5.00

## SEGUNDA EPOCA

"Ninguna opinión de persona alguna puede estar por sobre la opinión de nuestra propia conciencia".

H. P. BLAVATSKY.

A excepción de los documentos oficiales, la Rama "Venezuela", de la S. T., como tal, no es responsable de las opiniones o declaraciones que publique esta Revista, sea quien fuere quien las autorice.

Año III

Caracas: abril y julio de 1915.

Núms. 9 y 10.

## La Convención anual de la Sociedad Teosófica

Favorecida por una historia de cuarenta años, toda ella viva de interés y grandeza, esta Sociedad celebró su Convención anual en la ciudad de New York, el 24 de abril de este año. En su sesión de la mañana nombró Presidente Provisional a Mr. Charles Johnston, quien saludó al Cuerpo con estas palabras llenas de dignidad y benévola cortesía.

"Cumpro el grato deber, en mi carácter, de dar la bienvenida a los delegados, miembros y visitantes; y en el grado en que ya habéis sentido la manera cordial con que se os recibió, en ese grado poseen estas palabras positiva realidad. Todos debisteis haber experimentado el júbilo teosófico que se demostró a los delegados presentes al reunirnos, y con qué calor los miembros se saludaron mutuamente.

"La Sociedad Teosófica crece en edad, y espero que crezca del mismo modo en eterna juventud. Conforme pasan los años aprendemos a comprender cuán indispensable, en forma absoluta, es ella; y de esta suerte nos reafirmamos con reuniones como ésta que representa no sólo las Ramas y los miembros sino también lo más esencial, esto es, el

espíritu y la vida. Se ha dicho repetidas veces que la cantidad no significa lo importante. Y al efecto tienen los chinos un proverbio que enseña ser más fácil conseguir mil soldados que un general. Al paso de los años creo que estas reuniones aumentan en poder espiritual, porque son compuestas de teosofistas en el sentido profundo. De esto se sigue naturalmente que el espíritu de bienvenida reinara entre nosotros, siendo sentido por todos. Porque el fondo de esa cordialidad constituye una parte substancial del espíritu teosófico: saludo que no va sólo a la verdad aceptable sino también a la verdad discordante, a la persona discordante, al individuo de carácter y raza extraños. Nuestro cordial saludo se dirige a los enemigos, si los tenemos, a los más lejos de nosotros en acción y espíritu. Y si saludamos de esa manera a nuestros enemigos, (quienes como sabemos están dentro de uno mismo), cuánto más amable no será nuestra bienvenida a los que han reconocido su unidad con nosotros.

“A veces hemos tenido visitantes extranjeros, pero en estos tiempos no podíamos esperar que delegados de Ramas extranjeras abandonaran sus puestos de servicio para asistir a la Convención Teosófica. Pero al recorrer esta asamblea veo que el continente americano se halla bien representado. Los delegados que no se conocen tendrán la oportunidad de cimentar y hacer externo aquel vínculo que es interno, y por esa razón, verdadero”.

Examinadas las credenciales de las Ramas, se procedió a constituir la organización permanente del Cuerpo. Resultó electo Presidente el profesor Mitchell y Secretario Miss Isabel E. Perkins. Después se formaron estas tres Juntas, propuestas por Mr. Hargrove:

*De nombramientos:*

Mr. C. A. Griscom, Presidente; Mr. G. V. S. Michaelis, Miss Margaret D. Hohnstedt.

*De resoluciones:*

~~Mr. E. T. Hargrove, Presidente; Mr. J. E. P. Mitchell, Judge Robert W. Mc Bride.~~

*De correspondencia:*

Mr. Charles Johnston, Presidente; Mrs. Marion F. Gitt, Mr. Karl D. Perkins.

## INFORME DE LA JUNTA EJECUTIVA.

Mr. Johnston: "En un sentido esta Junta no tiene mucho sobre lo cual rendir información este año. No se han despachado nuevas cartas, ni repetidos asuntos graves han reclamado la mediación ejecutiva. Nada de nuevo campo que explorar. Esto quiere decir que una parte del terreno ha estado sin cultivo, y por lo mismo da la probabilidad de que se convierta en fecunda para el futuro.

"La parte formal de la obra representa tan sólo una parte pequeña de ella. En cierto modo el deber permanente de la Junta Ejecutiva se extiende a dar algún sentido y continuidad a la vida de la Sociedad Teosófica, porque bajo nuestra Constitución la Junta Ejecutiva se encuentra en sesión siempre. Así, que de cierto, ésta representa la conciencia, los propósitos y los principios de la Sociedad.

"Cuando dí la bienvenida a los delegados y miembros dije que parecía que nuestro núcleo nunca fue tan esencialmente necesario como ahora. *Nunca tuvo una oportunidad más amplia.*

"En cuenta de nuestro primer objeto y considerando que la fraternidad universal se convierte cada día en el asunto más necesario en la historia del mundo, se hace evidente que mucha de la futura historia de la humanidad dependerá del verdadero desarrollo y de la verdadera percepción de las razas como tales. Y el ideal en la política del mundo tiende a reajustar de tal modo sus relaciones que pueda abrir espacio a la evolución del carácter racial, puesto por la divina sabiduría en cada una de ellas.

"Importa esencialmente que nuestra comprensión de ese principio sea clara y profunda. No se necesita que formulemos declaraciones públicas sobre el asunto, pero sí que lo comprendamos y lo encarnemos en nuestra vida. Contamos con lo que somos como miembros y no con lo que decimos.

"Se declara de modo corriente que las partes en que se divide el cristianismo se acercan en un espíritu que nunca existió hasta ahora. Esto se expresa de varias maneras: una de las más luminosas y terminantes aseveraciones que yo he visto sobre este punto lo leí en un artículo escrito por un alto prelado de una Iglesia extraña a la mayoría de nosotros. He tenido el privilegio de leer este artículo; y uno de los asertos que mucho me impresionó fue: que en el cristianismo la era de la diferenciación había terminado su curso y que la era de la reintegración había empezado.

"Parece que hasta el presente las fuerzas diferenciadoras estaban obrando en todo el mundo, pero desde ahora se inicia la tendencia reintegradora, primero espiritual y religiosa y después en lo que toca a otras esferas de la vida. Permítaseme decir una vez más que no importa para el mundo que los miembros de la Sociedad Teosófica avancen declaraciones lógicas o autoritarias sobre estos temas, pero importa altamente que ordenen sus propias vidas para de esta suerte hacer posible la reintegración de la vida espiritual, y de hecho, de la vida toda de la humanidad. Tal vez el primer paso es la cuenta que nos damos de que nunca como ahora apareció la Sociedad Teosófica tan indispensable a la vida del mundo. Desde luego podemos empezar a ver cuán esencialmente necesario es que todo miembro se penetre de este principio fundamental y lo viva hasta la fibra más íntima de su sér. Porque por la presencia en el mundo de grupos de teosofistas que vivan estos principios será posible aquella reintegración espiritual!"

Luego se leyó el informe del Secretario de la Sociedad. Dijo que este año se había señalado por su gran actividad en ciertas direcciones. Ninguna nueva Rama se estableció. Se expidieron Diplomas para 33 miembros de los Estados Unidos, Sur América, Inglaterra, Alemania, Austria, Noruega. Da cuenta de una solicitud anunciada para la formación de una Rama en Barquisimeto, de esta República. En seguida habló acerca de la correspondencia y se extendió en interesantes consideraciones sobre el trabajo teosófico en su genuina significación espiritual. Respecto del "Departamento de libros y periódicos" se expresó en esta forma:

"No hace mucho tiempo que un extranjero escribió que había estado leyendo el *Quarterly*, y tuvo por ese motivo deseos de incorporarse en la Sociedad. Pero como recibió la noticia de que poseíamos una lista de libros, y sabiendo que para entrar en algunas sociedades los miembros habían esperado comprar los libros, sea que tuviesen o no tiempo e inclinación para leerlos, deseaba informarse si teníamos establecido ese requerimiento. Todos sabemos que no existe semejante obligación, pero el hecho de que se presentara ese asunto evidencia el paso previsor que hace años hicimos en la organización de un departamento llamado "Departamento de libros del *Quarterly*" para dirigir la publicación de libros conforme lo reclamaran las necesidades de nuestro trabajo. Ni un penique se ha gastado de los fondos de la Sociedad para preparar y publicar aquellos libros; y todo el beneficio alcanzado se ha invertido en la necesaria producción de otros nuevos.

“Los pedidos de obras que tratan de la vida intensa han sido sorprendentemente numerosos en este año. En el otoño, se editó *El Bhagavad Gita*, traducido y anotado por Mr. Johnston. No obstante estos duros tiempos y la guerra, los despachos de los más atractivos y valiosos libros han ido a muchas partes del mundo. Varios más nos prometen para la siguiente estación. Primero se editará el segundo volumen de *Fragmentos*; y ya se están recibiendo los pedidos anticipados de esta obra. Contendrá no sólo los *Fragmentos* que han aparecido en el *Quarterly* desde la aparición del primero, sino también un número adicional de otros más. Para los que conceptúan el primer volumen como inapreciable, tendrá mejor acogida el segundo, aparte sus especiales selecciones que aparecerán nuevas para muchos lectores. Otra edición revisada de los *Yoga Sutras de Patanjali*, de Mr. Johnston, se necesita por el hecho de que la primera se encuentra enteramente agotada. Hay también constantes pedidos del *Canto de la Vida*, ya agotada, y esperamos que en el próximo otoño se edite otra vez.”

#### THE THEOSOPHICAL QUARTERLY.

Este informe lo rindió Mr. Clement A. Griscom, así:

“Quisiera pronunciar un excelente discurso, pero encuentro difícil decir algo nuevo. Estoy seguro de que lo que vosotros deseais es escuchar el elogio del *Quarterly*, y sin embargo me encuentro tan estrechamente identificado con él, que su elogio equivale al mío propio. Pero puedo manifestaros, a lo menos, cuán poco el editor tiene parte en sus méritos. Vosotros os reís, pero eso es lo cierto. No estoy simplemente hablando por motivos de modestia. La excelencia del periódico se debe a sus escritores. Sin duda existe el trabajo de tipografía y del oficinista que aquéllos no desempeñan; pero muchos miles de gente en New York se hallan en capacidad de ejecutar la misma labor de impresión y de empleado del *Quarterly*. Los que merecen el elogio y el reconocimiento son los que escriben sin compensación. Pensando sobre lo que puedo decir, recuerdo varios pequeños incidentes que los creo interesantes, y que hablarán por mí.

“El primero indica el alcance del *Quarterly* hasta a quienes nunca hemos oído nombrar. Vecina a este lugar vive una estimable señorita a quien conocemos de muchos años, y vimos en una de las iglesias de la ciudad. Me llegó la noticia de que ella ha sido lectora regular del *Quarterly*, y sin embargo de esto, nunca nos ha hablado del periódico ni usado



la palabra teosofía. Compra cada número desde Brentano, y refiere a nuestro informante que ha sido una fuente de mucha inspiración para ella.

“Por otra parte, me vinieron dos comentarios. El uno de una persona indiscutiblemente competente para juzgar un periódico, figurando él mismo de colaborador de uno como el *Atlantic Monthly*. Dijo—refiriéndose particularmente a los editoriales—que estimaba el *Quarterly* como uno de los mejores periódicos de la nación. No vacilo, pues, en repetir su elogio. El otro comentador consideró el *Quarterly* como el mejor periódico publicado hoy en el mundo. Esto es, por supuesto, muy alto elogio; y lo enriqueció con la declaración de que el tono del periódico nace en el más elevado plano, circunstancia esta que lo mantiene en el púesto superior a que no alcanza ningún otro periódico de los conocidos por el que habla, quien, sea dicho de paso, está familiarizado con las más excelentes revistas de Europa y América. Opinó que nuestro más cercano competidor era el *Hibbard Journal* y, probablemente, un periódico de Francia; pero que ninguno de ellos tenía el mismo alto propósito e ideales, una dignidad tan uniforme. Esta persona realza, de modo especial, el interés del *Quarterly*, su dignidad, su cualidad selecta.

“A pesar de su excelencia es todavía poca su circulación. Alguna se logró gracias a los miembros que respondieron al especial llamamiento que les envié recientemente, para que tomaran suscripciones para amigos que desearan ellos que leyeran. Ese esfuerzo logró numerosas contestaciones, y presumo que cuando correspondan todos, veremos que una cantidad de nombres ha sido agregada a nuestra lista de suscritores; pero necesitamos ir mucho más adelante y proyectar planes de oportuno alcance para que el periódico sea más generalmente conocido. Se impone como un asunto de interés intelectual que haya una revista de esa naturaleza, a todas luces buena. Sin embargo, en un mundo de mil millones y medio de habitantes, vemos cuán pocos se interesan lo bastante en leerlo. Hay algunos miles que se sirven de su propio ejemplar o de los ejemplares encontrados en las librerías, pero la circulación aparece ridículamente pequeña si se toma en cuenta la suma crecida de hombres en el mundo que necesitan conocer un periódico de las condiciones del mundo.”

#### INFORME DE LA JUNTA DE RESOLUCIONES.

El Presidente de esta Junta, Mr. Hargrove, dijo: “Hay ciertas resoluciones acostumbradas que es nuestra práctica aprobar unánimemente; y esas queremos ahora presentar.

1.—*Resuelto*: que Mr. Charles Johnston, como Presidente de la Junta Ejecutiva, es por este medio requerido a responder a las cartas de saludo de las Ramas extranjeras, en nombre de la Convención; y a hacer extensivos nuestros cordiales deseos a la Convención de Europa y a las Ramas de Sur América.

2.—*Resuelto*: que esta Convención de la Sociedad, por este medio, solicite y autorice visitas de los oficiales de la Sociedad a las Ramas de Europa y América.

3.—*Resuelto*: que se exprese a la Rama de New York las gracias de la Convención y de la Sociedad por la hospitalidad recibida.”

Estas resoluciones se aprobaron por unanimidad.

Mr. Hargrove: “Ya tenemos despachadas estas resoluciones que aunque formales son muy sinceras, y la Junta no tenía prevista la presentación de otras. Pero Mr. Griscom y yo estuvimos tratando ciertos asuntos durante los recesos, y nos acordamos en la opinión de que sería ridículo que una Convención Teosófica se reuniera y cerrara sus sesiones sin ninguna referencia a uno de los más grandes acontecimientos de la historia del mundo, que se cumple en la fecha actual. Así me gustaría proponer el asunto ahora. Es evidente que ninguna discusión acerca de la justicia y del error de esta guerra estaría fuera de lugar en esta Convención o en una reunión de la Rama. Por consiguiente tenemos que adherirnos a los principios fundamentales, acerca de los cuales creo que pueda haber poca diferencia de opinión. Proponemos, por lo tanto que

CONSIDERANDO:

*Que el primero y principal objeto de la Sociedad Teosófica es formar el núcleo de una fraternidad universal de la humanidad; y*

CONSIDERANDO:

*Que en nombre de la fraternidad, se acusa a la guerra desde los púlpitos y conferencias públicas, desde los periódicos y revistas, con apelaciones a la paz a cualquier precio; y*

CONSIDERANDO:

*Que se procura que los no-beligerantes permanezcan neutrales. Por lo tanto,*

RESUELTO:

*Que la Sociedad Teosófica reunida en Convención, por este medio, declara:*

(a) QUE LA GUERRA NO ES NECESARIAMENTE UNA VIOLACIÓN DE LA FRATERNIDAD, SINO QUE PUEDE, POR EL CONTRARIO, LLEGAR A SER OBLIGATORIAMENTE EN OBEDIENCIA AL IDEAL DE FRATERNIDAD; Y

(b) QUE LA NEUTRALIDAD INDIVIDUAL ES UN ERROR SI SE CREE QUE EL PRINCIPIO DE JUSTICIA ESTÁ EN PELIGRO."

Mr. Hargrove: "No creo que se necesite de un largo razonamiento sobre esta resolución. No se sugiere que el deber de un miembro es abandonar su neutralidad, aunque, hablando por mí, soy incapaz de concebir que nadie deje de abandonarla. Este asunto, como quiera que sea, debe dejarse al individuo, a su conciencia, a su temperamento, etc. La Sociedad no decide o expresa su opinión por él. Pero en vista del hecho de que hay sacerdotes, de todas las jerarquías y de todas las naciones, que tan desesperadamente toman en sentido contrario la religión hasta declarar que la guerra necesariamente significa una negación de los principios religiosos, es importante, de seguro, que nosotros, como miembros de la Sociedad Teosófica, y que tenemos toda razón para pensar que podemos ver con más claridad en los hechos fundamentales de la vida, debemos llamar la atención a la siguiente verdad: que aunque voléis a los puntos más extremos del espacio, no escaparéis de la guerra. Todo progreso, todo crecimiento denota el fruto de un conflicto; y es una monstruosa perversión de religión hablar de paz a cualquier precio, con indiferencia del deber, del honor, de la justicia. Nosotros, como Sociedad, debemos mostrarnos adictos a aquellos principios que un miembro, de cualquier nacionalidad que sea, está obligado a respetar. En tanto que se halle dispuesto a abandonar su vida por la causa del amor, por eso en lo cual él cree, debe tener nuestro apoyo, y no nuestra supuesta condenación, a causa de nuestro silencio. Me resisto a creer que algún miembro interprete las cosas de otra manera a aquella en que este asunto ha sido propuesto en la Resolución que hemos introducido, y que no intentamos llevar adelante. Quienquiera que haya querido vivir en obediencia a sus propios ideales sabe que su vida lo es de conflictos. Si así hemos vivido, y de esa manera, ganado alguna penetración, adquiriremos la capacidad de ver el universo dividido en dos grandes campamentos: fuerzas que luchan por la justicia y fuerzas que luchan por la maldad. Ante semejante cuadro nos apartaremos diciendo que ese conflicto no es asunto nuestro? Tal cosa no se concibe. H. P. B. nos enseñó la manera de luchar. Desde el momento mismo en que tomó aliento principió a combatir, y combatió como un león hasta su muerte."

La Junta propuso que la Resolución fuera adoptada.

El Presidente: "Al someter esta Resolución a vuestro juicio, permítidme que os restrinja a esto: que sólo se discuta la Resolución misma y los principios que envuelve. ¿Deseáis discutirla o directamente votarla de una vez?"

Varios dejaron oír su palabra; y siendo puesta en consideración, se aprobó por unanimidad.

#### RAMA DE NEW YORK.

Mr. Hargrove habló como Presidente de esta Rama en la siguiente forma, orientadora y significativa:

"Ignoro que haya algo de importancia especial en lo referente al trabajo ejecutado por la Rama de New York en el año que pasó. Sin embargo, creo que la experiencia de cada Rama aporte necesariamente algún valor a las demás; porque nuestros problemas son los mismos aunque nuestras circunstancias son diferentes. Necia aparecería la Rama que se comprometiese a seguir servilmente el método que otra encontró propicio; pero los principios fundamentales de nuestro trabajo deben siempre ser idénticos.

"Cuando Mrs. Gregg se refirió en su Informe al problema que plantean algunas de las Ramas acerca de su deber con otras sociedades que a sí mismas se llaman teosóficas, hice presente que no teníamos un problema de esa especie en la Rama de New York. Hay abundancia de esas sociedades en esta ciudad, pero no nos importan. Ninguna clase de relación guardamos con ellas. Dejamos que prosigan adelante y que realicen lo que puedan. De ninguna manera nos importan, pues los asuntos nos tocan únicamente cuando les prestamos atención. La palabra "teosofía" se está conociendo de manera amplia. Pero en la naturaleza de cosas debe ser copiada y parodiada.

"Podría acontecer, aunque raras veces, que un miembro de nuestra Sociedad se encuentre algo perplejo cuando se compara con los otros pertenecientes a las sociedades a que hemos hecho referencia. Podría decir: "Esas personas son excelentes, trabajan por los mismos objetos por los cuales yo trabajo, por qué entonces, no colaboro con ellas? Si yo fuera a responder a esa pregunta, diría: "Si usted trabaja por los mismos propósitos de ellas, entonces colabore con ellas por todos los medios, únaseles, porque esta Sociedad, la nuestra, no trabaja por los mismos fines.

Si su interés está, de modo cierto, concentrado en el psiquismo y los fenómenos, o en el brahmanismo, si allí descansa su centro de interés, usted debe abandonarnos y apresurarse a su deseo". Pero no es eso, en verdad, lo que quiere ese miembro, sino hallarse en una y otra parte a la vez. Esto ocurre por un concepto errado acerca de la fraternidad. Para probar condiciones fraternas no se necesita comer del mismo plato con un hombre, por la mera razón de que se trata de un ser humano. Semejante hecho, sin duda, implicaría una extrema falta de fraternidad.

"Si registráis la historia del pasado, encontraréis que la Sociedad Teosófica marchó regularmente bien durante la vida de H. P. B., porque ella comunicaba sus enseñanzas de manera franca y persistente, y aquellos que no las admitían, se retiraban. Después de su muerte, William Q. Judge, que aprendió de ella teosofía, y quien fue un grande hombre, como muchos de nosotros lo sabemos, tenía a su cargo la S. T. en América. Era un hombre real y poseía reales experiencias internas. Cierta individuo—no hay razón para no mencionar nombre en esta oportunidad—Mrs. Annie Besant, figuraba como miembro prominente y de influencia en Inglaterra. Poco después de la muerte de H. P. B., Mrs. Annie Besant estuvo en la India. Allí la extraviaron los brahmines, ella misma se llamó brahmina, y se hizo muy intolerable, como la mayoría de estos señores (los brahmines son sacerdotes, y pocos de ellos verdaderos.) Empezó a usar el cordón brahmínico. En corazón y alma se entregó a las prácticas de estos sacerdotes, por cuya causa censuró a Mr. Judge y a sus compañeros en ese tiempo. Este modo de hablar va directamente, pero si se ha de hablar debe hacerse con franqueza. La actitud de ella pudo haber sido perdonada, porque nada importaba la manera como pensara; pero sí importó mucho cuando trató de introducir su brahmanismo en la Sociedad Teosófica, cuando insistió que una comisión debía juzgar a Mr. Judge con el fin de decidir si sus experiencias internas eran reales. Contra esto protestámos entonces. La protesta no provino porque conocíamos y amábamos a Mr. Judge (aunque sí le conocíamos y le amábamos), sino por nuestro conocimiento de que si dábamos nuestro apoyo para que una comisión judicial lo juzgara, no hubiera habido para siempre paz en la Sociedad. Y peor que esto, si semejante acción se hubiese permitido, se habrían violado y destruido los principios sobre los cuales está fundada la Sociedad. De esta manera nos vimos obligados a protestar. Muchos miembros de Europa se agregaron a la Sociedad americana. De esta suerte revivimos la S. T. conforme al programa de H. P. B., y continuamos trabajando. No pudimos impedir que otra gente usara el

nombre—lo que constituye para ellas una seria responsabilidad—pero hicimos lo que sabíamos era de justicia, y así hemos continuado desde entonces hasta ahora.

“En la verdadera naturaleza de las cosas, los principios adoptados y observados por las excelentes personas ya referidas y a quienes vemos extraviadas, significan una *es-isión* que se ensancha cada vez más. ¿Y cómo podría ser de otra manera?

“Pero alguno puede decir: “Aun suponiendo que esto sea cierto, hay individuos unidos hoy a la Sociedad de Mrs. Besant que nunca han prestado oídos a las viejas diferencias. ¿Por qué no trabajar con ellos?” Porque la cuestión no es de individuos, sino de principios. Hemos desplegado nuestra bandera en alto en lo que toca a la fraternidad, ellos han desplegado la suya. Ellos, como núcleo, están reconocidos como adscritos a juicios y condenaciones de miembros de la Sociedad Teosófica. Y desde luego colaborar con los miembros de una sociedad de esa clase en materias teosóficas, vale lo mismo que asentar el hecho de que la luz colabora con la sombra. Usted no puede transigir entre cuestiones de verdad y error. Puede usted asistir a sus reuniones, unirse a sus trabajos; pero cuando haga esto no sólo cesa de colaborar con nosotros, sino que trabaja en contra de aquello por lo cual está trabajando nuestra Sociedad.

“En vez de apesadumbrarnos por el caso de otras sociedades, situémosnos en el punto de vista del sentido común. ¡Cuántas Iglesias no hay en el cristianismo! Si usted necesita unirse a cualquiera de ellas, únase usted, pero no se moleste por las otras. Así no hay motivo a confusión porque existen varias sociedades que se llaman a sí mismas teosóficas. La gente sólo le interesa encontrar la que prefieren, únense a ella y olviden las otras. Grave error creer que se puede tocar el asfalto sin mancharse. Imposible emplear para el verdadero progreso en el sentido del espíritu algo que provenga de una fuente contaminada; y esta fuente se halla así, porque ha ido extraviado un organismo que establece la condenación de otro teosofista. Pura en su origen, la fuente ha corrido fuera del cauce, y si tocamos siquiera la orilla, seremos arrastrados a la destrucción.

“Sin duda figuran Sociedades que se llaman teosóficas, con Ramas en esta ciudad; pero no sé quiénes pertenecen a ellas o dónde se congregan. La Rama de New York de nuestra Sociedad ha sido afortunada en disponer de un lugar independiente para reunirse. Si estas reuniones nuestras se celebraran en un edificio destinado a oficina pública y otra

Sociedad comenzara a celebrar las suyas en el mismo sitio, me parece que lo razonable sería congregarse en alguna otra parte, de modo que no hubiera la posibilidad de entremezclarse. Con el tiempo, los visitantes descubrirían lo que significan las diferencias.

“Cuando tenemos en cuenta principios y sabemos dónde estamos situados, no hay problemas. Al mismo tiempo deseamos expresar nuestra cordial simpatía a las varias Ramas que han estado batallando con semejantes circunstancias. En una ciudad tan extensa como New York cuentan con más facilidades para reunirse, pero no quiero de ninguna manera que supongan de parte de nosotros una falta de apreciación de sus embarazos.

“Hay otro asunto a que debo igualmente referirme. Es este. Cuando nos constituimos aquí como Convención de la Sociedad Teosófica, una vez al año, creo importante pensar no sólo del presente y del futuro, sino también del pasado. Judge Mc Brige ha dicho que existen muchos miembros más nuevos y jóvenes, y sería extraño que así no lo fuera. Afrontan diferentes problemas a los de hace veinticinco años; pero lo de hoy es el fruto de lo que ha sucedido desde 1875. Nos satisface sentirnos los hijos de una organización de largo tiempo establecida, con una historia intensamente interesante. Nada en el pasado debe parecer sin importancia. Toda persona prominentemente relacionada con el movimiento, su éxito o fracaso como miembro, debe importarnos íntimamente. Tenemos que aprender del pasado y adquirir lo posible de sus lecciones, y por eso debemos regocijarnos cuando uno que estaba, así como está todavía estrechamente ligado con la Sociedad, rinde los sacrificios necesarios para atender a nuestras convenciones.

“Faltaría a la justicia si yo no expresara por la Rama de New York ese inmenso placer de todos sus asociados por la presencia de vosotros aquí. Nos da aliento eso, y esperamos que os dé nuevo entusiasmo. Quizás nos ayude a hacernos cargo de que una grande y maravillosa causa es lo que representamos. Se prometió y así se promete, que la Sociedad actuaría como fermento. Si pensáramos de nosotros mismos en lo tocante a esa actuación, esto es, si tratáramos de convertirnos en fermento, mucho lograríamos hacer. Nuestra labor no consiste en discutir conceptos intelectuales sino en aplicar a la vida diaria los principios teosóficos. Dondequiera que vivamos, debemos, como lo dijo H. P. B., darnos cuenta de que una Rama de dos o tres miembros, precisamente porque practican los principios, pueden afectar la conciencia de toda su ciudad. Nunca pensemos de nosotros que somos pocos en número, toda

la cuestión estriba en qué estamos tratando de hacer. Si practicamos sinceramente los principios, entonces los que fundaron la Sociedad serán capaces de trabajar a través de nosotros, y siempre que tengamos discernimiento bastante para apartarnos y dejarlos trabajar en nosotros. Esto nuestra gran misión.

“Así, me parece que, una Convención de la Sociedad Teosófica le corresponde terminar tan bien como principió: con mutuas congratulaciones. Siempre significó algo unirse a una organización, pero unirse a una que posee el poder que vive permanentemente en la Sociedad Teosófica, es, por un lado, una responsabilidad grande, y por el otro, una oportunidad dada por Dios.”

#### DISCURSO DE CLAUSURA.

El Presidente de la Convención, Mr. Mitchell, cerró el solemne acto con este noble discurso:

“Está completa la lista de informes, y con esto cumplidos los trabajos periódicos de la Convención. No sé hasta qué grado se le permite al Presidente de estas Convenciones ejercer también el derecho de la palabra, pero como oía a Mr. Hargrove y me congratulaba de que lo que yo había querido decir lo estuviese exponiendo de un modo tan claro y convincente, se me ocurrió que su tema era susceptible de aclararse desde otro punto de vista, siempre bajo la luz directa de los principios sobre los cuales se estableció, y ahora descansa, nuestra Sociedad.

“Esta “no tiene credo, ni dogma, ni autoridad personal que obligue o se imponga”, y ningún miembro puede “promulgar o mantener ninguna doctrina como promovida y defendida por la Sociedad.” La razón de esto es clara. Los credos, los dogmas, las doctrinas, el concepto personal y los sistemas de filosofía, representan todos fórmulas intelectuales de aspectos de una vida, o de una verdad que en su expresión íntegra trasciende al intelecto. Son contruídos con palabras y formas—símbolos de la realidad—mientras que lo que busca la Sociedad es esa realidad misma, la vida por la cual la palabra existe, el espíritu que anima la forma. Aceptaremos todos los símbolos, pero con nada substituiremos la realidad. Tengamos las palabras no como cosas en sí, sino en cuanto a la significación que encierran para el que las usa; y en todas las formas, de cualquier clase que sean, miremos el espíritu.

“El reconocimiento e investigación del contenido espiritual de la vida, la voluntad de asir la esencia, es la base de la actitud y método



teosóficos. Esto posee dos polos, lo que quiere decir que la facultad del discernimiento espiritual debe ser aplicado en dos direcciones opuestas. La primera, la seguida y manifiesta en todos nosotros en cada reunión de la Rama. La segunda, esa de la que habló Mr. Hargrove. En cuanto al primer polo, esto es, al poder de mirar bajo la superficie, de percibir el espíritu dentro de la forma, de penetrar capa tras capa en la envoltura de las cosas hasta encontrar sus principios esenciales, se ejercita a fin de que se revele la unidad de espíritu que existe en la más variada diversidad de fórmulas mentales y de expresiones verbales. Las opiniones personales, las religiosas, las filosóficas, los sistemas científicos, que cuando se comparan aparentan al principio antagonismo y mutuas contradicciones, ceden a la magia de la actitud y método teosóficos, y nos demuestran su interno contenido espiritual como esencialmente uno y el mismo siempre.

“Pero el otro polo, el inverso de este, no es menos importante. Como el espíritu se manifiesta de diversos modos, y la verdad recibe diferentes fórmulas intelectuales en términos de diferentes símbolos, así también las mismas formas se animan por diferente espíritu, las mismas palabras usadas demuestran estados y cualidades esencialmente distintas, y las mismas fórmulas intelectuales pueden ser aplicadas por diferente gente en tan diferentes sentidos que conduzcan a significaciones y resultados de un todo opuestos. Es indispensable el reconocimiento de esto. La habilidad para tratar de modo verdadero la vida y nuestros compañeros, para penetrar el velo de las apariencias y asir la realidad, requiere que no nos engañen más ni la semejanza ni la diferencia de las expresiones. Adonde debemos mirar siempre es a la esencia interna.

“Creo que un ejemplo sugerido por dos expresiones ordinarias nos ayude a una comprensión más clara de la necesidad de esta clase de discriminación espiritual. Hablamos del “plano de la inteligencia” y también del “mundo del espíritu”. La inteligencia corta a través de la realidad de análoga manera que un plano horizontal a través de nuestro espacio de tres dimensiones. Un plano que cortara este edificio y además aquellos otros contiguos, nos daría una sección transversal de cada uno, un mapa plano de cada edificio, en que los cuartos reales con sus techos sótanos y pisos, quedarían representados por rectángulos planos de figuras L o T. Y en cuanto a la oscuridad del sótano, o al sol y aire de los pisos superiores, puedo únicamente indicarlos, si así me lo pidieran, por la misma sección transversal sobre el mapa. De cierto que es más importante vivir en la luz de los pisos superiores que en la húmeda oscu-

ridad de los sótanos, bien en esta casa, bien en las otras. Pero esta última distinción no la muestra el mapa, y semejante deficiencia caracteriza todo lo que pertenece a la inteligencia. Esta no retrata exactamente, sino que esboza sólo, el mundo del espíritu y de la realidad. Las palabras que tenemos que emplear no representan sino secciones transversales de aquello que significan, figuras planas, como cuadrados o círculos, debajo de los cuales la realidad desciende hasta las profundidades del abismo, o sobre los cuales la realidad se eleva hasta los más altos cielos. *En una misma palabra se contiene todo plano. No hay grado de maldad que no pueda disfrazar, ni altura de poder espiritual que no pueda representar. Así las palabras no pueden servir de lazos de unión.*

“No tener presente esto, y la consiguiente falta de no mirar en la forma el espíritu que la anima, causa la mucha confusión reinante sobre todas las cuestiones éticas y religiosas. Porque las palabras se aceptan como cosas en sí, capaces en sí de recibir nuestro apoyo o condenación, y desde luego cualquiera que sea el sentido que asuman en la mente del oidor se atribuye también a la intención del hablador. Para nosotros, por ejemplo, la fraternidad significa un gran hecho y una gran ley espiritual, representa la común fraternidad del Supremo, el propio sacrificio, las sinceras ofrendas del yo en servicio de los demás. Pero para otro puede sólo ser el grito de combate de una filosofía materialista que niega toda divinidad en el hombre y en la vida, el disimulo de la envidia, de la malicia, el odio a todo lo que se eleva por encima de él, el pretexto para el envilecimiento de todo lo noble, para degradar hasta su propio nivel todo lo que lo avergüenza por la superioridad, para despojar a los demás de sus beneficios. La palabra disimula movimientos del espíritu humano eternamente opuestos, y la ineptitud para discriminarlos ha permitido, por ejemplo, que el virus corruptor del socialismo se derrame por todo el mundo civilizado. Ello, además, es uno de los más grandes obstáculos para la verdadera religión, porque no existe frase religiosa, ni sistema religioso, que no haya sido pervertido y parodiado en el concepto contrario de lo que significó en el principio. “El pálido Galileo” sugiere poco del espíritu guerrero del Cristo; “piadoso”, y “beato” no son otra cosa en el pensamiento popular que adjetivos descriptivos que deseamos aplicarnos. Elijase la palabra que se quiera: amor, honor, valor, obediencia, propio sacrificio, y no hay ningunas de éstas que no puedan exaltarse a poder espiritual y a dignidad por sobre el presente uso, o pervertirse hasta las profundidades de la infamia bajo nuestra indulgencia.

“Estas causas de confusión no están ausentes de nuestra propia mente, aunque los ya experimentados en la actitud y métodos teosóficos tenemos poca excusa si permitimos continuar ciegos y extraviados. Y como la diferencia de creencia intelectual no puede separarnos de la fraternidad del espíritu, así la semejanza de creencia intelectual—el uso de las mismas palabras y fórmulas—no puede unirnos. Sólo el espíritu nos importa—la vida que está dentro—y esto no estriba en las palabras o en los símbolos, sino en la realidad. De todas las lecciones que nos ha enseñado la Sociedad Teosófica ninguna tiene la importancia de esta: que debemos buscar el espíritu que anima todo aquello con que estamos en relación, y tratarlo de acuerdo con ese espíritu.”

Después se invitó a los concurrentes a la conferencia que Mr. Charles Johnston leyó el domingo en la tarde en el Hotel St. Denis sobre el tema interesante del “Cristianismo y la guerra”. Así esta famosa Convención dió por terminada sus labores en este año.

## Los principios de la paz

The Theosophical Quarterly.

Hablando acerca de la guerra y sus rigores tropieza uno con cierto concepto difundido extensamente, y hasta sustentado por aquellos a quienes el amor general de lo bueno les da título a una atenta consideración: el concepto de que la guerra es en sí tan horrible, y la paz en sí tan llena de gratos beneficios, que debe cesar la una cueste lo que cueste, y que la otra debe restablecerse y asegurarse a cualquier precio.

Hemos intentado en estas “Notas y Comentarios” analizar la cualidad característica de la guerra. Llevarla en su exacta significación a los estrados del más alto tribunal y procesarla ante el supremo juez. Como consecuencia de ese intento, aparece de un todo claro, primero: que la guerra representa la verdadera condición de la vida misma, que todo crecimiento físico del cuerpo o del alma, se obtiene por ella y no de otro modo; y segundo: que todo cristiano genuino debe reconocer a Cristo como al supremo guerrero, al más grande exponente de la guerra, ora en su vida, ora en su doctrina, que el mundo haya jamás visto.

Procedamos, en el mismo sentido, a examinar los principios esenciales de la paz. Qué es la paz? Acaso, la mera ausencia de las hostili-

dades, la cesación de la lluvia de balas y bombas, de la arremetida a la bayoneta y de la carga de caballería? La ausencia de estas cosas constituirá la paz, la condición espiritual supremamente deseable? Acaso, la ausencia de la fuerza? ¿la soberanía del principio de la "no-resistencia", como vagamente se le llama, el principio—si lo fuere—de que no es sólo impropio, sino espiritualmente erróneo, "resistir al mal", cualesquiera que sean las circunstancias?

Empecemos, pues, con esta doctrina de la "no-resistencia". Supongámosla aceptada y llevémosla a su mayor alcance, ¿qué significa? Esto: la firme negativa a usar la fuerza, ya sea para sí o para otro, en defensa de la propiedad o de la persona. Si tenemos la resolución de sostener la "negativa a defenderse" hasta su último límite, estamos de hecho, por principio, opuestos a toda guerra. Si no hemos resuelto aceptar la aplicación franca de aquella doctrina, debemos, en este caso, aceptar valerosamente la contraria, es decir, la guerra, la guerra de fusil y bayoneta y ametralladora, la guerra hasta el último foso, la guerra a muerte.

Pero esto, quizás, sea abstracto, y por lo tanto no convincente. Tratemos de hacerlo más concreto. Qué acontecerá con la aplicación práctica de la "no-resistencia"? En nuestra compleja vida social se encuentra uno con muchos maestros de ese principio, que declaran que, por ningún concepto, emplearían la fuerza; y al mismo tiempo, no obstante su aserto, se hallan gozando día tras día, hora tras hora, en sus personas, en sus profesiones, en sus hogares, de la preparación organizada de la fuerza que representa la autoridad policial. Que harían estos maestros no-resistentes si el poder de la policía fuera súbitamente suprimido?

Fácilmente nos daremos cuenta de lo que acontecería. Se sabe que a pesar de la firme y continua vigilancia de la autoridad—y aquí incluimos leyes y tribunales—las potencias de la avaricia, del odio, de la lujuria, están siempre en acecho, buscando a quienes devorar. Los ardides del fraude también se activan de modo perenne, como lo prueban los miles de juicios "por abuso del correo", probando esto a su vez los cientos de millones robados, por aquel medio, todos los años. No necesitamos decir más de la vasta cantidad de ese género de despojo ejecutado dentro de la ley, excepto lo siguiente: que si la autoridad fuese suprimida, el impulso que ~~mueve a esa masa de fraudes se manifestaría más abiertamente.~~ Los actuales reos de semejante delito tomarían entonces por la fuerza lo que hoy toman por la maña. No es del deseo de hacerlo de lo que carecen.

Aquí vivimos en medio de una curiosa recrudescencia de las pandillas de la violencia. El bandolero, el asesino sobornado, es tan común aquí

como lo fue en la Europa medioeval. Para la mayoría de la gente, los asesinatos cometidos por estos bandoleros—y se cuentan por cientos—resultan de los odios, de las envidias y desavenencias personales, esto es, de causas que no responden a principio alguno social, político o económico. Ellos demuestran sencillamente su disposición a matar, como la cantidad de fraudes demuestra la disposición a robar. Ya se ve que aun bajo la presión de la autoridad policial—la misma, acaso, no siempre intachable—los asesinatos se cuentan por cientos. Y cuán elevada no sería la suma si el brazo enérgico de la ley fuese suprimido, si se le diese rienda suelta al desorden?

Agreguemos ahora la mala y funesta potencia de la lujuria que se entretreje de tal suerte con las otras dos que emplea los mismos manejos. Si el poder restrictivo de la ley se suprimiera, hasta dónde estaría dispuesta a extender sus fronteras la lujuria organizada? Existe, acaso, límite alguno para los ímpetus del mal, una vez desencadenado? Lo que, en efecto, sucedería si la autoridad policial cesara de pronto, fuera, sin duda, lo que muchas veces ha sucedido entre las comunidades fronterizas: que los hombres andaban en bandas para protegerse, para proteger a sus mujeres e hijos, y constituían Juntas de Vigilancia y aplicaban la ley de Lynch.

Pero según la hipótesis de la absoluta no-resistencia, de la completa "negativa de defensa", aquella actitud no sería permitida. Porque, conforme a esos principios de rigurosa inflexibilidad, se considera moralmente un error defenderse a sí mismo o a sus propiedades, de igual manera que a otras propiedades o personas. Dónde, en este caso, bajo el régimen de la no-resistencia llevarían a bien fijar sus fronteras el fraude, el odio, la lujuria? Consentirían en trazar la línea fuera o dentro de nuestras casas? Es indudable la respuesta si se le concede inmunidad a la lujuria y al odio: sea lo que fuere, no reconocerían término. En ningún momento estaría seguro nadie, ni hombre, ni mujer, o niño.

Si uno permaneciera con los brazos cruzados, mientras aquellos seres corriesen el peligro de la fuerza y de la violencia, si sostuviéramos la convicción de que semejante actitud resulta espiritualmente, justa, entonces merecería uno llamarse consecuente partidario del principio de la no-resistencia, de la negativa a defenderse.

Como la exposición aparece aun vaga, se impone la necesidad de continuar en ella, de describir casos concretos de los efectos del odio, del fraude, de la lujuria desenfrenados; de exteriorizar estos casos y de hacer

frente a estos efectos, que son la ruina de todo lo que hay de valor en la vida humana, que son la actual y abominable esclavitud del débil por el rudo y violento, por el deshonesto, por el perverso. Si alguien duda de esto, procure adquirir una comprensión más exacta y precisa de las operaciones de estas fuerzas, ahora mismo, y de los males tremendos que producen, aun bajo la constante presión de la ley que, en general, es justa y honradamente eficaz.

Con el desenfreno de la lujuria, del odio, de la avaricia—y esto, de cierto, significa el principio de la no-resistencia—se llegaría a consecuencias viles y detestables, fuera de toda concepción; se llegaría a destruir, primero: todo lo digno, todo lo meritorio de entre los hombres, y dentro de poco tiempo, la vida humana misma. Y en buena lógica no podríamos esperar otros resultados que un completo sometimiento a las fuerzas del mal, a las fuerzas de la destrucción.

De seguro que se destaca claro como el día el hecho de que un cuadro tan vil y aborrecible nunca fue el propósito del Maestro Jesús; y por lo tanto, los principios que inevitablemente desarrollaría semejante cuadro, nunca pudieron ser, de ninguna manera, los principios del Maestro, antes por el contrario, denuncian su horrenda, su espantosa parodia e inversión, es decir, uno de los tantos medios puestos en movimiento por las activas fuerzas del mal, las cuales empeñan guerra incesante, por la astucia o por la fuerza, contra los propósitos y la obra de Cristo, el Maestro.

Qué, entonces, del precepto: "no resistencia al mal", citado en su apoyo por sus ardientes defensores? Helo aquí: el Maestro dijo a sus discípulos que, como individuos, no debían resistir al mal, o que si alguien les abofeteaba en una mejilla, estaban obligados a presentar la otra. Con esto se da a entender, desde luego, que si en una conversación nuestro opositor es irónico e injusto, no se le debe imitar, sino antes bien, responder con espíritu conciliador, de cortesía y bondad.

Pero el Maestro no dice—y esto constituye el alma del asunto—que si un hombre abofetea a tu madre, o a tu mujer en la mejilla derecha, ellas deberán presentar, para la repetición del agravio, la mejilla izquierda! No dice que si un hombre le quita la camisa a un huérfano, éste habrá de permanecer tranquilo y dejarse arrancar la vida también. Lo que hizo fue condenar la mezquina tendencia de la mente a "igualar" al opositor. Quién no lo condenaría de análoga manera? Qué tiene esto que ver con la defensa de los otros, o con la observancia de la ley, o con la aversión del mal?

Llevemos el asunto un poco más adelante. San Pablo nos manda a *vencer* el mal con el bien (Rom. XII, 21), nos manda a "aborrecer el mal" (Rom. XII, 9). De seguro que es esto diametralmente opuesto al principio del sometimiento al mal, de la negativa a la defensa de los otros que se hallan expuestos a los poderes maléficis. De seguro que el mandato del "hermano del Señor": Resistid al diablo! incluye la resistencia a las obras de éste, y de todos aquellos que las continúan. Y qué más demoníaco, más bestial, más cobarde que los crueles asaltos a las mujeres y a los niños, que el frío y deliberado asesinato de los indefensos? Quien da su asentimiento a esto, lo presta a su vez a los poderes de la sombra.

Aquellos que predicán "la paz a cualquier precio" tratan de hacernos creer que el soldado y su oficio de guerrear, caen bajo la condenación de Cristo. Y qué nos enseña la historia? Cristo estuvo en contacto con los soldados, como con el centurión que tenía soldados bajo su mando, y de quien dijo: que ni en Israel había uno de mayor fe. Se recuerda que alguna vez Cristo desaprobaba la guerra? Acaso dijo: Cesad de ser soldados porque su misión es mala? Lo dijo, acaso, Pablo, quien también se mantuvo, varias veces, en contacto con soldados, y durante años, se halló entre cadenas junto con uno de ellos? ¿No se recuerda que todo el tenor de la enseñanza de Cristo, como de Pablo, apunta a que el soldado debe ser bueno, leal, verdadero, intrépido, alerta, valeroso en el deber, pronto a la defensa del débil y del desamparado?

Conviene tratar esta cuestión hasta el extremo. Pongámonos en el caso de que mujeres y niños dependan de nosotros, o de que vivamente se hallen dentro del círculo de nuestra propia existencia ordinaria, y afrontemos de lleno esta pregunta: Estamos dispuestos a abandonar estas criaturas a las fuerzas desbordadas de la lujuria y de la crueldad? Que alguien aceptando, de este modo, las consecuencias, permanezca honradamente en duda, por solo un momento, es horrible. Que alguien creyera que el Maestro Cristo, el alma misma de la caballerosidad y del valor, nos aconseja por medio de la infamia hacer la gran traición, es todavía más horrible. No obstante, existen estas espantosas inversiones de sus enseñanzas con sus horribles efectos, y existen, y existirán siempre que el Adversario procure deshacer la obra del Maestro.

Será necesario completar el argumento? Es necesario llevar el problema desde el individuo hasta el grupo, desde la bestia solitaria, obediente a los demonios de la lujuria, de la crueldad, del fraude, hasta la sociedad organizada, hasta la nación que ha tomado la crueldad y el

fraude, la avaricia y el odio, como su evangelio, y que con la fiera energía siempre poseída por las activas fuerzas del mal, firmemente pone el negro evangelio en práctica? Como el peligro aquí de todas las cosas santas, de todas las nobles, de todas las excelentes, resulta infinitamente mayor, se presenta, sin duda, inequívoco el hecho, de ser más ineludible el deber imperativo de combatir las fuerzas organizadas del mal.

Si entre las naciones, ora una, o un grupo, se ve que deliberadamente siguen de política el consejo demoníaco; que enseñan la justificación del robo, del asesinato, del engaño, por un supuesto beneficio en interés de ellas; que establecen el fraude y la mentira como sistema internacional, penetrando a través de las naciones circunvecinas; que organizan conscientemente las fuerzas nacionales con propósitos de tiranía y opresión; que realizan sus miras por los métodos del asesino, del traidor, del envenenador, entonces debe ser tan claro como el día, que peligra el bienestar de la humanidad, y por lo tanto, se impone su defensa hasta lo último, como si se defendieran niños de un lujurioso criminal lunático, "poseído de los demonios", según una sana creencia popular.

Hay veces en la vida humana en que la guerra, y la guerra a muerte, el uso más eficaz posible de balas y bayonetas y obuses, no es sólo necesaria, sino supremamente honrosa; en que la guerra, y la guerra a muerte, representa la más alta expresión del Evangelio del Cristo; y así, de modo contrario, hay veces en que esa paz que consiste en la "negativa a defender" al débil de la violencia nefanda, se convierte a sí misma en abominable. Semejante paz sirve de ayuda y apoyo de asesinos, paz no menos infame y execrable que los crímenes que condena. No en el cielo sino en el infierno semejante paz, mitigadora de cosas perversas, afirma sus raíces. Es la paz del completo sometimiento a los poderes del mal.

*Aunque el Amor se queje y la Razón se irrite,  
Vino una voz incontestable:  
La perdición del hombre si permanece salvo  
Cuando por la verdad debe morir.—(EMERSON.)*

---



## El Conde de Saint Germain

H. P. Blavatsky.

Considerado como un personaje enigmático por los escritores modernos. Federico I, Rey de Prusia, decía de él que era un hombre a quien nadie había podido comprender. Muchas son sus "biografías", a cual más extraña. Por algunos era considerado como un dios encarnado, por otros como un hábil judío alsaciano. Una cosa es cierta: el Conde de Saint-Germain, cualquiera que haya sido su nombre patronímico, tenía derecho a su nombre y título; pues había comprado una propiedad llamada San Germano en el Tirol italiano, y pagó al Papa por el título. Era extraordinariamente hermoso, y su enorme erudición y sus facultades lingüísticas son innegables, pues hablaba inglés, italiano, francés, español, portugués, alemán, ruso, sueco, dinamarqués y muchas lenguas eslavas y orientales, con la misma facilidad que un indígena. Era extraordinariamente rico. Jamás recibía un ochavo de nadie—en efecto, jamás aceptó un vaso de agua o partió pan con nadie—pero hacía los regalos más extravagantes de joyas soberbias a todos sus amigos, hasta a las familias reales de Europa. Su habilidad en la música era maravillosa, tocaba todos los instrumentos, siendo el violín su favorito. "Saint-Germain rivalizaría con el mismo Paganini", dijo de él un belga octogenario en 1835, después de oír al "maestro genovés".—"Es Saint-Germain resucitado, que toca el violín en el cuerpo de un esqueleto italiano"—exclamó un barón de Lituania que había oído a ambos.

Nunca pretendió poseer poderes espirituales, pero probó que tenía derecho a ello. Acostumbraba a pasar de treinta y siete a cuarenta y nueve horas en un *trance* mortal sin despertarse, y entonces sabía todo lo que quería saber, y demostró el hecho declarando el porvenir sin equivocarse jamás. El fue quien profetizó ante los Reyes Luis XV y XVI y la desgraciada María Antonieta. Muchos individuos vivían aún en el primer cuarto de este siglo que atestiguaban su memoria maravillosa; leía un escrito, y aunque apenas echaba una ojeada sobre él, podía repetir su contenido sin faltar una palabra. Días después, podía escribir con las dos manos a la vez: con la derecha una composición poética y con la izquierda un documento diplomático de la mayor importancia. Leía las cartas selladas sin tocarlas, mientras estaban aún en las manos de los que las traían. Era el mayor de los adeptos en la transmutación de los

metales, haciendo oro y los diamantes más maravillosos, arte, decía, que había aprendido de ciertos brahmanes de la India, que le enseñaron la cristalización artificial ("aceleramiento") del carbono puro. Según se expresa nuestro hermano Kenneth Mackenzie: "En 1780, en una visita al Embajador francés en La Haya, hizo pedazos con un martillo un soberbio diamante, cuyo duplicado, también fabricado por él mismo, acababa de vender a un joyero por 5.500 lises de oro". Era el amigo y confidente del conde Orloff en 1772 en Viena, a quien había ayudado y salvado en San Petersburgo en 1762, cuando se hallaba metido en las famosas conspiraciones políticas de aquel tiempo: también intimó con Federico el Grande de Prusia. Como es natural, tenía muchos enemigos, y por tanto, no es de olvidar que todas las conversaciones inventadas acerca de él se atribuyan ahora a confesiones propias. Por ejemplo, que tenía 500 años, que pretendía una intimidad personal "con el Salvador y sus doce Apóstoles, y que había reprendido a Pedro por su mal genio", bien que esto último no se avenía con lo primero en lo que al tiempo se refiere, si realmente había pretendido tener sólo 500 años. Si dijo que "había nacido en Caldea y que poseía los secretos de los sabios y magos egipcios", pudo haber dicho la verdad sin pretensiones de nada milagroso. Hay iniciados, y no de los más elevados, que están en situación de recordar más de una de sus vidas pasadas. Pero tenemos muy buenas razones para saber que Saint-Germain no pudo nunca pretender "intimidad personal" con el Salvador. Sea como quiera, el Conde Saint-Germain era ciertamente el Adepto Oriental más grande que Europa ha visto durante los últimos siglos. Pero Europa no le conoció. Quizás algunos le reconocerán en el próximo *Terreur* que afectará a toda Europa cuando venga, y no a un país sólo.



## La guerra vista por dentro

(Del *Quarterly*)

Men-tek-nis.

Me encontré andando entre dos filas de asientos, unos vacíos y llenos los otros; pero toda mi atención la concentré en el Rey, quien sobresalía sentado sobre un alto sitio al final de la sala. Se alzaba inmóvil su larga y delgada figura, y parecía su rostro, modelado finamente como en traslúcido marfil. A medida que me iba aproximando le rendía mi saludo

reverente, hasta que levantó los ojos y en una sonrisa me dió la bienvenida. Al mismo tiempo con un ligero gesto de la mano me indicó mi lugar a su derecha, algo detrás de él. De una ojeada recorrí, mientras ocupaba mi asiento, a los demás presentes. Algunos eran bien conocidos amigos y compañeros de humana existencia; otros, compañeros de pasados tiempos, reconocidos únicamente en el mundo interno. Había una diferencia indescriptible entre estos moradores de lo interno y aquellos que llevaban la pesadumbre terrestre, quienes revelaban cierto oscurecimiento, estropeo o un estado incompleto.

Después entró la Reina, atravesó entre las dos filas y tomó su puésto del lado del Rey. Nos mantuvimos de pies mientras ella pasaba, dispensándonos sus saludos a derecha e izquierda, con sus ojos animados de luz, con su tierna sonrisa, bella y ricamente vestida, una estrella radiante en la frente y una rosa que se movía al compás de las pulsaciones de su pecho; pero la impresión dominante fue de esplendor y pureza. No esa pureza negativa de los mortales de la tierra, sino una activa, viviente cualidad llena de poder.

Nos sentamos y permanecimos en silenciosa meditación por algún tiempo. Después, súbitamente, entró el Maestro. Todos nosotros, otra vez, nos levantamos con ese profundo y ardiente calor del corazón en su espontaneidad de supremo recogimiento devoto, que él tan sólo inspira; un sentimiento que sólo puede ser remotamente imaginado por nuestras cortas facultades mundanas. Retornó nuestro saludo y nos habló. No puedo dar sus palabras porque no fueron tales. Sería quizás más correcto decir que comunicó sus ideas, desde luego que llegamos a ser conscientes de lo que quiso que conociéramos. Debo, sin embargo, tratar de traducirlo en lenguaje humano.

—Os he llamado, mis hijos, en este tiempo de tensión, de disturbio en el mundo, para que aprendiérais algo de las fuerzas que están obrando, algo de los problemas que tenemos delante, y de esta manera aprendiérais también algo de los medios salvadores que conviene aplicar. Mirad atentamente lo que voy a mostraros". Y nos pareció extenderse el mundo como un mapa a nuestros pies. Nubes de inquietud y descontento subían como torbellinos de humos. Vimos la proyección de los malos pensamientos y de la vida de sensualidad, los pecados del hombre, no en su crudeza material, sino en sus efectos y esencia eternos, como vaho fétido y venenoso. Y observamos, entonces, que en el violento rodar, en la expansión de esta influencia maligna se encerraba un designio; observamos a los Poderes Negros de la naturaleza guiar, dirigir; comprendimos

que esta masa maléfica producida por la humanidad, constituía un arma viva manejada por aquellos negros poderes con el fin de fomentar la maldad y aun condiciones peores. Observamos, en esa forma, empleado el mal para el engendro del mal.

Luégo cambió la visión: chorros de luz, de vida, de color, rompían por las oscuras nubes, y comprendimos que eran provenientes de las buenas obras de la humanidad; vimos la manera cómo los Poderes Divinos usaban estos rayos de luz para combatir el mal; y el espectáculo se convirtió en batalla, con el mundo todo por teatro, entre los poderes del bien y los del mal, ambos armados de los actos buenos y malos de los hombres. Vimos a las fuerzas malditas que, amasadas a la semejanza de una nube en un cielo de verano, se dirigieron contra un país señalado, y comprendimos que encerraba el designio de dar impulso a un movimiento del mal. Entonces los Divinos Poderes recogiendo el caudal aprovechable de fuerza benéfica, se opusieron a la negra nube, produciéndose, con ello, una lucha incesante y titánica.

De nuevo se cambió la escena, y seguimos, en detalle, hasta sus orígenes, a las nubes negras. Nuestra visión penetró en el interior de las hórridas mentes de hombres y mujeres egoístas y perversos, en el interior de los corazones monstruosos del sensual y libertino. Vimos en su tarea a las fuerzas de la envidia, del odio, de la ambición, de la codicia, de la voluptuosidad, de la gula, y nos advertimos de toda la espantosa extensión de la humana perfidia, de la maldad y del pecado. Por alivio, rebosando de pena el corazón, tornamos al polo opuesto y recorrimos también hasta sus orígenes los ríos de luz. Vimos elevarse la oración como una nube de incienso; y vimos el desinterés, el valor, la fe, la devoción. Vimos a una madre negra del Africa, dentro de su choza de pajas, tender la mano para salvar a su hijo en momentos de la caída de un pesado jarro de agua, y cuando, llena de alegría ella, olvidó a su destrozada mano sobre su niño salvo y sano, vimos elevarse hacia el cielo un fulgente rayo de luz. Vimos el poder del propio sacrificio, el efecto poderoso de toda obra ejecutada con gozo y amor. De muchas solitarias estancias ascendían chorros de luz semejantes en intensidad y brillo al efluvio de los conventos.

Otra vez cambió la visión. El tiempo retrocedió y nos reveló la mitad del siglo décimo octavo. Vimos la Europa con sus fuerzas de disgusto, envidia, lujuria, codicia, inquietud social, concentradas alrededor de la Francia. Parecían confinadas allí por los Poderes Buenos. Se tornaron cada vez más espesas hasta estallar en la furia de la Revolución.

Francesa y disiparse en el sufrimiento y en la opresión resultantes. Se juntaron y rompieron muchas otras nubes, y comprendimos lo que estos movimientos representaban. Vimos cómo el mal hecho por el hombre se aprovechaba para que fructificara otra nueva forma del mal; al socialismo levantar su cabeza, recogerse y desatarse como un río impuro, y vimos, también, los esfuerzos empeñados en ponerle término. Vimos las fuerzas del excentricismo, del materialismo acrecentarse poderosamente bajo el vigilante cuidado y la dirección de los Poderes Malos. Cuando las nubes de la tiniebla se condensaban demasiado, entonces ocurría una explosión, la guerra, el hambre, la plaga o un terremoto, algún suceso para consumir, para desvanecer el mal acumulado.

Pero no obstante todo eso, notamos que la oscuridad crecía, no ya simplemente en un punto, sino que toda la tierra se cubrió de una densa bruma que amenazaba ahogar los hilos de luz, los cuales ascendían aún en millones innumerables. Vimos que esta oscuridad se concentró sobre Alemania, y vimos, en medio de ella, al indomable Bismarck, quien, sin embargo del brillo que despedía por motivos de las finas cosas de su carácter personal, representaba un foco para el juego de las fuerzas satánicas. Vimos esta oscuridad concentrarse y estallar en las guerras austriaca y franco-prusiana. Parte de ella se consumió y Francia, especialmente, se limpió de mucha sombra; pero la oscuridad se arrolló y desarrolló luego, creciendo y creciendo, difundiendo por toda Europa, arrojando enormes renuevos que se encontraban y unían con las nubes especiales suspendidas sobre otros países. Vimos la luz menguar y las nubes volverse aun más negras.

Otra vez se renovó la visión. Percibimos, entonces, la manera de funcionar la ley de las reacciones, hasta comprender que, aunque respaldados por las reservas inagotables de las fuerzas espirituales, los Resplandecientes Poderes eran, no obstante, limitados en sus esfuerzos por las reacciones que seguían a su acción. Cuando había que repeler algún arranque especialmente maligno de los Oscuros Poderes, y no existía en la tierra luz creada que oponerle, los Resplandecientes empleaban su propia fuerza o tomaban de las reservas universales. Pero siempre que se procedió de esta manera, vimos disponible una correspondiente cantidad de fuerza de que disponían los Oscuros Poderes, y de esta suerte nos dimos cuenta de que como, cuando y donde los Buenos Poderes actuaban, era asunto de la prudencia más grave. Tenían facultad para usar, sin reacción alguna, toda fuerza suministrada de abajo; pero se hallaban incapacitados para disponer de su propia fuerza sin aquellas peligrosas

reacciones. Cierta ley universal ataba sus manos, hacía su tarea infinitamente más difícil; y comprendimos, entonces, que era la ley del libre albedrío que no puede ser infringida. La humanidad era lo que quería ser, y lo que se había producido a sí misma, por su propia mala vida; y no se la debe estorbar arbitrariamente por la interposición de fuerzas extra-terrestres, aun cuando sea para su propio bien.

Equilibrados, serenos, incesantemente vigilantes, vimos a los Señores de Luz y de Vida sostener su desigual batalla. Vimos formarse sobre Europa la nube de la guerra a medida que la oscuridad se ponía más negra y los Malos Poderes más activos, hasta que estalló, y grandes masas de hombres, como olas vivas, se arrojaron impetuosamente unas contra otras. Almas innumerables fueron precipitadas a las regiones de paz y serenidad, mientras grandes cantidades del material bruto de la humana sustancia volvieron a su fuente primaria. Vimos los resplandores del valor y de la tenacidad surgiendo bravamente, del patriotismo abnegado, del esfuerzo heroico, y subir en creciente oleaje; y también vimos desaparecida parte de las nubes negras en áreas ilimitadas de sufrimiento.

Comprendiendo algo de los límites dentro de los cuales operan los Divinos Poderes, no nos sorprendimos más del aumento gradual de las tinieblas malignas, del continuo apagamiento del bien. Y simultáneamente se elevó, en nuestras mentes todas, la misma pregunta. ¿Cuál será el fin? ¿Perecerá el mundo en las negras aguas de su propia iniquidad? Y todos tornamos al Maestro. Habló de nuevo:

“Veis la batalla, comprendéis la necesidad de energías buenas y pensais dónde obtendré la fuerza que oponer a esa ola. Pues bien: os tengo a *vosotros*, los que se hallan ahora en la vida terrestre, y los otros que se ofrecerán para ir a ella. Puedo utilizaros, porque por vuestro sacrificio, vuestro empeño en conquistar en vosotros mismos esas montantes corrientes malignas, habéis merecido el derecho de emplear vuestro poder sin reacción, poder que yo suplementaré en la medida de vuestra armonía conmigo. Os necesito, el mundo os necesita, o la pobre afligida humanidad tendrá que sufrir aun peores tormentos que esta casi guerra universal. Sé que no pido en vano. Que cada uno de vosotros se apreste para desempeñar su tarea”.

Débiles, ineficaces resultan las palabras para traducir el poderoso llamamiento del Maestro. Ni protestas, ni frases hubo, sino que de todos los corazones surgió una respuesta instantánea que hizo brillar los ojos

del Maestro. Alzó sus manos en bendición, y nos dijo: "Aprestaos!" Y desapareció.

Permanecemos sentados en silencio por cierto tiempo, llenos de emoción, aspirando a imprimir en nuestra mente las expresiones del Maestro y toda la experiencia recibida. Entonces habló el Rey con una intensidad de sentimiento que vibraba en sus tranquilas y sencillas palabras: "Hemos convenido en servir. Este es un gran privilegio. No hay ninguno entre nosotros que no moriría con gusto a la menor de las órdenes del Maestro. Hagamos la siguiente cosa más difícil todavía, la de *vivir* dignamente hasta que recibamos Su llamamiento para el servicio activo. Debemos tornar a nuestros puestos individuales. Tornemos con los corazones ardientes. Hasta volvernos a ver, adiós".



## A los Teosofistas de Costa Rica

### I

Cuando emprendimos la tarea de contestar los errores que, sobre la ciencia teosófica, publicaba en la revista *Virya*, de Costa Rica, un Defensor de la Orden de la Estrella de Oriente, nos movió la ingenua creencia de que si, en verdad, el articulista del caso mostraba cortos conocimientos respecto de nuestra doctrina filosófica, al menos era juicioso convenir en que procuraba el esclarecimiento de cuestiones de verdadera importancia, en la forma sincera como proceden los investigadores desprevenidos. Porque de esta actitud de ambos, actitud de estudiantes o devotos de las religiones y de los movimientos morales de nuestra época, derivaban alguna lectura útil los que se mantenían atentos al curso de nuestras afirmaciones e ideas; y por otra parte, resultaba un grato beneficio para el escritor costarricense lo mismo que para nosotros: para él, por cuanto se instruía en lo tocante al espíritu teosófico y a la Sociedad que le sirve de instrumento; y para nosotros, por cuanto nos instruíamos, a nuestra vez, acerca de los pareceres corrientes y puntos de vista sobre la Orden de Madrás. Así, dándonos las manos, a fuer de aprendices de la naturaleza y de la vida, nos dimos con la ocasión para examinar los fondos de nuestras arcas respectivas, abiertas, como debe ser, en franca tolerancia mutua, a fin de que las provenientes del artificio y del falso origen se tiraran lejos de nosotros, en cambio del puro aprecio de las venidas del yacimiento inequívoco y legítimo. Muchas falsas se han descubierto bajo la lima de

*La Doctrina Secreta*, muchas de luces y sustancia mezquinas, pero su poseedor, en vez de echar de sí lo que no corresponda a las exigencias de su integridad místico-filosófica, *prefiere conservarlas a título de cariño* quizás, o quizás de orgullo, antes que adquirir, para una auténtica riqueza interna, las que tienen valía de arranque divino e imperecedero. Por este motivo nuestra sana creencia primera se ha ido transformando en un intenso sentimiento de sorpresa cada vez más creciente, por la imponderable osadía con que el Defensor de la Orden evade nuestras explicaciones, nuestras citas de una concluyente pureza originaria, nuestros argumentos de buena fe y de buena ley. De modo patente nos esquivo, sin darse cuenta de que la victoria de la verdad, por su índole universal, nos aprovecha a todos en el mismo grado. Pero sube de punto esa conducta, cuando tuerce las enseñanzas fundamentales de la teosofía y atribuye a Blavatsky lo que no dijo ni pensó nunca, pero nunca jamás, sin detenerse a considerar que lo que ella escribió en libros y periódicos representa una luminosa parte de la sabiduría legendaria de los Maestros de la humanidad. Por todas estas razones que nos traen pena larga y perturbadora, repetidas veces hemos abandonado la pluma, resueltos a la paz del silencio ante quien teme reconocer el principio sabio, la enseñanza salvadora, o sobrepone el personalismo a la doctrina y corre, no sabemos si adrede, dolorosamente desorientado a las conclusiones más inverosímiles; pero nos obligan a continuar los que detrás de nosotros leen, y tal vez aspiran a referencias más amplias sobre las cuestiones controvertidas. Para estos últimos escribimos. Escribimos para todos los que se sienten, o se esfuerzan por sentirse, más de sus semejantes y menos de sí, más del ideal, menos agarrados al terrón de Roma o de Madrás y más del infinito suave y penetrante, menos de lo vano que de la plena y vencedora mansedumbre de los Cristos gloriosísimos. No escribimos para los que llevan en sus frutos el veneno de un nuevo imperialismo dogmático. Estos son hijos de su vida, o progenie de su propio pensamiento. Somos teosofistas, esto es, de ningún sitio concreto del mundo sino del mundo, no pertenecemos incondicionalmente a tal o cual persona sino que aspiramos desde nuestro ángulo modestísimo, a través de renacimientos dilatados, a la exaltada impersonalidad y universalidad del amor y del bien. Porqué hemos aprendido, según nuestro sencillo entender, que no se extiende fuera la senda del espíritu, en algún paraje geográfico, o en algún otro sér, sino dentro de nosotros mismos; y que somos, por lo tanto, en todo el universo maravilloso, los únicos dueños de cerrar y de abrir las propias e interiores puertas de oro.



Esto explicado, entremos en el laberinto que nos ofrece la revista *Virya* de enero de este año; pero como el Defensor de la Orden no inserta un solo concepto de H. P. B., como hace también con la cita del Sanatana Dharma, sin que le dé una interpretación o inversa o fuera de propósito, hemos resuelto copiar sus afirmaciones *sui generis* y en seguida, comparativamente, las enseñanzas de los Maestros de la filosofía teosófica, para que el lector, de suyo, observe los dos caminos de un todo opuesto por donde van los de la Orden y los adictos a las enseñanzas sagradas.

## II

*Virya*—"no son idénticas las líneas evolutivas en el mundo de lo espiritual y eterno, y en el de lo condicionado y limitado a las abstracciones del tiempo y el espacio".

*La Doctrina Secreta*, I, 604.—"La revolución del mundo físico, según la antigua doctrina, está acompañada de una revolución semejante en el mundo de la inteligencia, pues la *evolución espiritual del mundo procede por ciclos lo mismo que la física*".

*Virya*—"la latitud y finalidad de los ciclos DEPENDE de lo que concierne a la evolución Humana, del Karma que ella misma, libremente, se ha creado".

*La Doctrina Secreta*, II, 408.—"La Humanidad es el HIJO del Destino Cíclico, y ni siquiera una sola de sus unidades puede escapar a su misión inconsciente, ni librarse de la carga de su trabajo cooperativo con la Naturaleza. De este modo la Humanidad, raza tras raza, llevará a cabo su peregrinación CÍCLICA MARCADA".

Oración a oración, palabra a palabra, coma a coma, la Instructora del Occidente le dice al Defensor de la Orden que enseñe la verdad. No, hermano escritor de *Virya*: la latitud y finalidad de los ciclos no puede depender del Karma humano. Porque los ciclos responden a leyes universales, y cualquiera combinación kármica humana sólo resulta de la relación de nuestro libre albedrío con esas leyes eternas. El impulso evolutivo y el Karma cósmico, por cuyo medio se manifiesta la Deidad, combinan sus fuerzas en las siete esferas de acción: la supra-espiritual o noumenal, la espiritual, la psíquica, la astro-etérea, la sub-astral, la vital y la física. Pero

la esfera física significa tan sólo el resultado último de las otras esferas del mundo oculto. Como es arriba, así es abajo, según el dicho hermético. De aquí que los ciclos encierran un sentido mucho más profundo que el de simples acontecimientos exteriores. Karma es acción, el aliento manvantárico, el desarrollo de Dios si se me permite el empleo de una frase sintética. Y el hombre crea Karma personal, favorable o no, o en otras palabras, provoca reacciones buenas o malas, según que accione en favor o en contra de aquellas leyes universales. Declarar que los ciclos, esto es, la forma periódica, como se manifiesta la energía cósmica, depende del Karma humano, es un contrasentido tan incalificable que difícilmente se hallará otro de igual tamaño en la prensa contemporánea. Vale tanto como si se dijera que la ley de la gravedad depende de la caída de una piedra en el centro de la tierra; o que las fases lunares dependen de la manera como el marino aprovecha las mareas oceánicas. Equivaldría a asentar el caso extraño de que la primavera, en el movimiento cíclico de las estaciones, depende de la siembra del labrador. Y como el crecimiento del árbol es *hijo* de la estación propicia, marcada, periódica y eterna, la "Humanidad es el Hijo del Destino Cíclico", como afirma Blavatsky, y no lo contrario.

*Virya*.—"Poderes y voluntad divinos sometidos a leyes inflexibles en el tiempo, no caben en lo posible".

*Koot-Humi, Gran Maestro*.—*El Mundo Oculto*.—"No pretendemos SER CAPACES de arrastrar a las naciones en masa hacia esta o aquella crisis, a despecho del sentido general de las RELACIONES CÓSMICAS del mundo. Los ciclos deben recorrer sus rondas. . . . En un ciclo en que todo asciende y desciende, los Adepós TIENEN QUE ESPERAR hasta que llegue el momento oportuno PARA PODER ayudar la ascensión de la raza. . . . Así que cuando SABEN que el ciclo va aproximándose a su punto de vuelta, empiezan a trabajar activamente en sentido espiritual".

Así asienta este Gran Maestro que los Adeptos *para poder trabajar* por la ascensión del hombre *tienen* que esperar el momento cíclico oportuno; y debe extrañar el Defensor de la Orden que no diga nada de que las relaciones cósmicas del mundo pueden alterarse, de que los ciclos pue-

den acortarse o estirarse, de que los Adeptos pueden *apresurar o retardar su venida* por medio de oraciones, cintas magnetizadas, estrellitas metálicas de a dollar y medio y demás baratijas.

*Virya*—“sostengo la idea de que los ciclos cerrados no se concilian con la libertad de que El (el Espíritu) ha de disponer, etc., etc. . . Libertad y círculos inelásticos en que se desenvuelven, son términos irreconciliables”.

*La Doctrina Secreta*, II, 67, 68.—“Lo sagrado del ciclo de 4.320 con los números adicionales, depende del hecho de que las cifras que lo componen, tomadas separadamente o unidas en diversas combinaciones, son todas y cada una de por sí símbolos de los más grandes misterios de la naturaleza. Verdaderamente ya se considere el 4 por separado, o el 3 por sí mismo, o los dos juntos haciendo 7, y también los tres números 4, 3, 2 sumados dando 9, todos ellos tienen su aplicación a las materias más sagradas y ocultas, y registran las obras de la naturaleza en sus *fenómenos periódicos eternos*. Son números que NO YERRAN JAMÁS y que se presentan CONSTANTEMENTE, revelando ante los que estudian los secretos de la naturaleza un Sistema *verdaderamente divino*, un *plan inteligente* de la cosmogonía. . . Causas y efectos son esotéricos, exotéricos y “endexotéricos”, por decirlo así”.

Nada más cerrado ni nada más inelástico que el número. En seguida damos, en vía de ejemplo, algunos ciclos cerrados e inelásticos, de los que niega el Defensor de la Orden en su ingenuo propósito de que la aritmética viviente de la naturaleza altere todo lo augusto de sus combinaciones misteriosas y sagradas, gracias a unas cintas magnetizadas de nueve pulgadas que vende en Londres la señora Emilia Lutyens.

El Krita Yuga tiene. . . . .	1.728.000 años.
El Treta Yuga tiene. . . . .	1.296.000 “
El Dvapara Yuga tiene. . . . .	864.000 “
El Kali Yuga tiene. . . . .	432.000 “
Un Maha Yuga tiene. . . . .	4.320.000 “
Reinado de un Manú tiene. . . . .	306.720.000 “

Reinado de catorce Manús tiene . . .	4.294.080.000 años.
Los Sandhis tienen. . . . .	25.920.000 “
El Kalpa tiene. . . . .	4.320.000.000 “

Y así con otros. Estos son algunos ciclos exotéricos, por cuanto los esotéricos sólo se hallan en conocimiento de los Iniciados. Pero son números que no YERRAN JAMÁS, como asevera Blavatsky.

Pero observando con interés y tino en la oscura trama de los razonamientos inversos, irregulares, enfermos, de *Viryá*, para descubrir el hilo desorientado y tener el gozo de que el Defensor de la Orden adquiera percepción clara y perfecta sobre un punto tan rico en lecciones, tan extensamente estudiado en su profunda importancia, que casi constituye el eje y el alma de los grandes volúmenes de *La Doctrina Secreta*, creemos que una de sus mayores dificultades consista en la conciliación de los dos conceptos de ciclo fijo y de voluntad móvil y responsable, conceptos de sentido evidente que no comprendemos por qué ni cómo riñen en el criterio del articulista en referencia. ¿Puede concebirse, acaso, que el ciclo diurno del sol, o la marcha de las estaciones, el movimiento periódico lunar, se opongan a la libertad humana? Quizás le será fácil seguirnos si le explicamos que los ciclos traen condiciones especiales en medio de cuyo dominio obra el hombre con todo el vigor de su libre albedrío, ora a merced de ellas si ignorante, o aprovechándolas en el bien o en el mal si conocedor, de la propia suerte que actúa libremente, en lo que respecta a toda su vida, dentro de las condiciones inevitables de la juventud, de la madurez o de la ancianidad. Las atraviesa dócil o dueño, mancillándolas con la acción pecaminosa o enalteciéndolas con la meritoria; pero sea cual fuere su actitud y adelanto, nadie negará con lógica y justicia que el desarrollo infalible y necesario de esos diversos estados no se opone, en manera alguna, al ejercicio de la libertad. Pintaríamos llanamente el caso si expusiéramos que el hombre va a la escuela al vivir dentro de esos varios ambientes cíclicos. De semejante modo, en el medio propicio de los ciclos espirituales, cada quien dispone de la soberanía de su voluntad para retroceder, si así lo prefiere, o para cultivar los fines de su naturaleza elevada, ora invirtiendo o empleando en la debida línea las condiciones dominantes que lo rodean. Del dón sagrado por divino de la libertad se disfruta asimismo a lo largo de un ciclo intelectual, o para corromper, o para ennoblecer y corregir, sin que las circunstancias características de mentalidad a que nos referimos impida la expresión de pensamientos de odio o de amor al mundo. Si consideramos un definido renacimiento de fuerzas en el orden exterior, o un ciclo físico, el sujeto

humano podrá aplicar toda su libre capacidad, o a promover elementos de destrucción si así lo quiere, o a lo contrario. Esto explica, pues, por qué el hombre aparece en el leonero, en el atlante, en el ario, dentro del harapo o la seda, en las experiencias amargas o felices, peregrino de todas las culturas y de todas las razas, en la noble hora de los Maestros o en la hora estéril de los Mammón de la tierra, como el perenne forjador de su destino con los factores que le proporciona el ciclo que recorre. De este modo se labra, de este modo se modela en excelencias graduales, de este modo, repitiendo el vivo y hondo cuadro nazareno del Pretorio al Calvario, se levanta él mismo de sus caídas en la vía dolorosa de la evolución. Ya se ve, con brillo pleno, cómo se concilian las leyes universales con la libertad del transeúnte de todos los ciclos, y cómo concuerdan las enseñanzas de los Maestros con la lógica más sencilla.

*Virya.*—“Toda su enseñanza (la de Blavatsky) propendía a fines idénticos a los que profesa la Orden de la Estrella de Oriente”.

*H. P. Blavatsky.* — *Carácter esotérico de los Evangelios.*—  
“Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: ¡Yo soy el Cristo! y engañarán a muchos. Y oiréis hablar de guerras.... Porque se levantarán nación contra nación y reino contra reino, y habrá hambres y terremotos en diversos lugares.... Entonces si alguien os dijere: ¡He aquí el Cristo! ¡Hele allí! no lo creais. ¡He aquí, en el desierto está! No salgáis. ¡He aquí, en los aposentos! No lo creais.

“Dos cosas son evidentes para todo el mundo en los pasajes que preceden.... (a) “la venida de Cristo” significa la presencia de Christos en un mundo regenerado, y DE NINGUNA MANERA la venida real de “Cristo” Jesús EN UN CUERPO”.

La autora de lo anterior opinaba que era evidente para todo el mundo la deducción que hace de las palabras proféticas de Mateo; sin embargo no es así para el Defensor de la Orden. Esta Orden propaga por todas partes que se acerca la venida de Jesús en un cuerpo, y Blavatsky nos advierte, para que no seamos engañados, que tal cosa es una impostura. No obstante de esta última declaración tan rotunda, tan franca, tan cabal, el mencionado Defensor escribe que la Orden y Blavatsky propendían a fines idénticos. ¡Cómo se ofende la santa memoria del Maestro!

Ella continúa comentando así a Mateo:

"Los milenarios y adventistas de fe robusta, pueden seguir diciendo que está próxima *"la venida del Cristo encarnado"*.... LOS TEÓSOFOS—al menos algunos de ellos, que ENTIENDEN EL SIGNIFICADO OCULTO de los universalmente esperados Avatares, Mesías, Sosioshes y Cristos—saben.... que es el fin de un ciclo que se va aproximando.... Muchas y repetidas veces el aviso referente a los falsos Cristos y profetas que han de engañar a los hombres, ha sido interpretado.... como aplicándose generalmente a los místicos, y muy especialmente a los teósofos.... Sin embargo, parece muy evidente que las palabras del Evangelio de Mateo se aplican DIFÍCILMENTE A LOS TEÓSOFOS, pues NUNCA se les oyó decir CRISTO ESTÁ AQUÍ O CRISTO ESTÁ ALLÍ, en el desierto o en la ciudad, y menos aun en los aposentos, detrás del altar de cualquier iglesia moderna. Sea que hayan nacido cristianos o paganos, REHUSAN (los teósofos) MATERIALIZAR, y así DEGRADAR AQUELLO que es el ideal más puro y más grande...."

Esto lo entiende un niño que sepa leer, y parece mentira que no lo entienda el Defensor de la Orden. Y si lo entiende, parece mentira que tema gritar en alto la verdad, para que vuelvan sobre sus pasos los descarriados del camino del Cristo. El Maestro, en lo que precede, truena con tremenda virilidad contra los que predicán el advenimiento del Cristo encarnado, o sea contra lo que precisamente predica Madrás; y al acusarlos de engañadores, traza una fuerte línea divisoria entre el teósofo y los sectarios de la Orden de la Estrella. El lector habrá reconocido, con suprema claridad, en las palabras de Mateo y en el comentario de H. P. Blavatsky el vaticinio cumplido del cuadro moderno de guerras, hambres y terremotos, al mismo tiempo que de la propaganda de la Orden a que nos referimos.

### III

Vamos a poner punto final a esta exposición, reparadora de las verdades teosóficas y de la bendita memoria de los Maestros, no sin antes insertar estas raras aseveraciones del Defensor de la Orden:

"si es verdad que la Sociedad Teosófica fundada en New York, y cuya sede fué trasladada a la India por sus fundadores.... no puede aceptarse la premisa de que Iracciones, sean cuales fuesen, disidentes de la misma, se atribuyan por ningún pretexto, como propio, el apelativo que sólo a tal primitiva y fundamental Organización le corresponde...."

Por fuerza tenemos que recordar que los Papas y los Concilios romanos hablaron en el mismo tono. No obstante la difusión de libros de la

magnitud de *La Doctrina Secreta*, cuyo contenido será nuevo por algunas centurias; del interés espiritual, del secreto encanto constructivo del *Bhagavad Gita*, *La Voz del Silencio*, *Luz en el Sendero*, *Cartas que me han ayudado*; de los serenos y luminosos rasgos históricos que sobre la Sociedad Teosófica escribió el profesor Mitchell; de las *Cartas* de los Maestros en *El Mundo Oculto*; de la tarea gigantesca que multitud de teósofos reales han acometido para despertar y empujar el mundo; de la circulación de DHARMA, nuestra modesta revista, por toda la América; no obstante tanta luz difundida, sorprende que el articulista de *Virya* no sepa aun lo que se entiende por teosofía, y por lo tanto, lo que se entiende por Sociedad Teosófica. Le recomendamos, con la mayor buena voluntad, la lectura de aquellas obras citadas para que se ilustre provechosamente acerca de la materia que desea tratar. Poco esfuerzo le bastará para aprender que la teosofía no consiste en lo que hagan o piensen tres o cuatro personas, o en tal país, sino en la práctica del bién a todo trance, en la firme y valerosa regeneración interna por medio del sometimiento de la personalidad a la ley espiritual, por la clemencia, la mansedumbre, el desinterés, por la rectitud del cuerpo, por la rectitud de la palabra, por la rectitud del pensamiento, por los actos nacidos del amor a los hombres, y por el sacrificio. Es la teosofía, éticamente un espíritu, religiosamente una vida, una actitud intelectualmente y prácticamente un método, y los que la observan, y sólo éstos, se llaman teósofos cualquiera que sea su domicilio en el planeta. La teosofía no es el patrimonio de un grupo determinado de individuos. Nunca jamás. Su infinita amplitud la exalta por encima de todas las concreciones sectarias, en la noble forma de un ideal que resplandece sobre toda la humanidad. No está aquí cautiva en manos avaras, ni está allí a merced de la autoridad de ninguna persona, comprende toda la tierra de morada y vive sólo en el sincero corazón de sus devotos. Por ese ideal, y para encarnarlo, se fundó la Sociedad Teosófica en New York, ciudad capital de la gran labor ético-religiosa de nuestros días; y esa fundación no obedeció a simple antojo de los Maestros, sino a que en el designio secreto y cíclico de la evolución de las multitudes humanas floreció la raza sobre el suelo americano. Lo que se fundó en la India fue una Rama de la Sociedad Teosófica, conforme dijo el gran Adepto Koot-Humi en una de sus Cartas para siempre memorables, *con el objeto de revivir el budhismo*; y esta Rama, de análoga manera que todas las demás, recibían su jugo y verdor del robusto tronco que los miembros de la Fraternidad Blanca sembraron sabiamente en América. El Nuevo Mundo, según se le llama, esboza la arquitectura y la nove-

dad de otra civilización, de otro hombre, rompen desde lo más recóndito de sus capas fuentes de juventud; y de la propia suerte que en los procesos espirituales, históricamente periódicos, constituyó la India el centro del movimiento búddhico, o Roma el centro de la verdad evangélica, en este momento, en que un pujante ciclo transformador y elevado principia, constituye la América el punto de partida, la piedra básica, el centro, la *plaza fuerte* del movimiento teosófico. Lo dice su alma nueva. Lo está diciendo el dinamismo pleno de New York, en actos, en ideas, en filantropía, en voluntad hacia todas partes. Es la colmena de rumor más nutrido, cuya miel sabe a humanidad y a universalidad. Mientras la India va en su línea viviendo su propia vida, estática, taciturna, serena, fluyente de la tupida floresta de sus tradiciones místicas, como el Egipto clásico una vez vivió la suya, y Grecia; mientras Europa se define en la definición de sus densos grupos nacionales hasta crecer en el despliegue propio de sus diversas familias étnicas, en la América arde el fuego del mundo. Sube de aquí un fuerte olor universal. Los de Israel, los de la Persia, los de la Arabia, intercambian, en llana cordialidad, su Biblia, su Zend-Avesta, su Corán. Las sangres corren en un solo arroyo, los instintos y las creencias y las energías vibran como en un alma común. Se dilataba, así, el mayor y más solemne escenario para la fraternidad de los hombres, y entró a llenarlo con la gloria de su misión la Sociedad ética y religiosa de 1875. Ni los Dioses ni los Maestros hubieran podido fundarla en otra parte, a despecho del destino cíclico que rige a la humanidad. Porque su cuna americana no obedeció a ningún artículo de reglamento, o al mero trato convencional de tres o cuatro personas, sino a la ley periódica de los renacimientos espirituales y a las relaciones cósmicas de la evolución de las razas. Cuando en el alto acontecimiento de 1895 ese núcleo cambió el gobierno y poder de su dirección ejecutiva, la Rama de la India se desprendió de su tronco vivo, por las mismas razones que inspiraron a H. P. Blavatsky esta enérgica advertencia a todos los teosofistas, cuando W. Q. Judge, *alma y corazón* de la Sociedad Teosófica, era negado, herido, afrentado y calumniado.

“En contestación a su carta, yo sólo puedo decir a usted lo que sigue: Si W. Q. Judge, el hombre que más ha hecho por la teosofía en América, que más desinteresadamente ha trabajado en su país, y cumplido, en todo caso, las órdenes del Maestro, de la mejor manera que él sabe hacerlo, *es abandonado* en . . . y si la . . . SOCIEDAD EN GENERAL, y SUS ESOTERISTAS ESPECIALMENTE, lo desamparan y le niegan su unánime *apoyo moral* que vale más que su dinero, entonces yo digo: déjenlos ir: ELLOS NO SON



TEOSOFISTAS; y si tal cosa sucede, y se *deja, solo, a Judge* librar su batalla, entonces yo les *envío* a todos ellos MI ETERNO ADIÓS. JURO POR EL SANTO NOMBRE DEL MAESTRO SACUDIR EL POLVO DE MIS PIES LEJOS DE ELLOS.... Yo *no puedo creer* que en la hora de la prueba y de la suprema lucha.... UN VERDADERO TEOSOFISTA vacile, un momento siquiera, en *apoyar* públicamente a W. Q. J. y en ofrendarle su *adhesión*. Que lean los preliminares de la carta del Maestro. Todo cuanto yo digo acerca de W. Q. J. *son las palabras* del Maestro en su carta a mí.... Haga de esta carta el uso que quiera. Muéstrela a quien usted guste como mi FIRME DETERMINACIÓN.—H. P. B.”—(*Cartas que me han ayudado*, tomo II).

Los versados en nuestras doctrinas medirán toda la grave trascendencia de ese tremendo juramento de H. P. B. También juzgarán, de esa manera, la consecuencia y legitimidad de nuestra posición, y verán con toda lucidez por qué el núcleo poderoso de 1875 prospera, absolutamente fiel al programa original de los Maestros, en su impersonalidad indeclinable, penetrante en su aliento suave y purificador, sabio, constructivo, en tanto que la un día Rama de Madrás degrada un noble suceso espiritual con la institución de la Orden de la Estrella. Sin duda, W. Q. Judge, en este momento del mundo, fue más afortunado que Pablo, cuando el Apóstol, llenos de la luz de los cielos los ojos, se esforzó valerosamente por salvar el ideal del Cristo del materialismo de Pedro.

Escribimos esto para todos los que deseen lo verdadero, para todos los que lo amen, para los investigadores de móviles sinceros, para los que respeten, o estudien con todo acatamiento, la palabra del Maestro, para los que trabajan por la elevación de los hombres. Interpretese, pues, lo que aquí decimos, como un puro intento por separar la escoria del oro. Y nada más. Cada quien crea la verdad de su conciencia. Dice *El Bhagavad Gita*: “La fe de cada hombre, oh hijo de Bharata, se adapta a su verdadero carácter. Cada cual está constituido según su propia fe. Tal la fe, tal el hombre”. El Defensor de la Orden muy bien puede creer, y así otros, que el destino escrito en las estrellas, o el movimiento del universo, se hallan sujetos a oraciones o a las cintas magnetizadas que vende una señora de Londres, puede creer en la venida de Jesús en un cuerpo; pero cuando aplica semejantes creencias a los teósofos, así nos impone, desde luego, el deber de rechazar la peregrina imputación, ya en defensa de la Sociedad Teosófica de que somos miembros, o de las enseñanzas de Blavatsky y de su memoria venerada.

Concluimos, por ahora, con nuestros mejores votos por la paz del escritor de *Virya*.

## Fragmentos

Por Cavé.

Estaba en mi asiento, al calor de la lumbre, lamentando los errores y caídas del pasado, y tan sólo, por compañía, con aquel "Ojo" que vigila siempre. De pronto una voz murmuró dentro de mí, pero no una "voz" sino más bien una parte de mí mismo, que presentó, junto a los míos, sus pensamientos en mi cerebro.

"No te apesadumbres por lo que está hecho y no puede ser reparado. Ten en cuenta que mientras cavilas así, grises formas de duda, temor y abatimiento vuelan de tu cerebro y posan su oneroso fardo de ansiedad sobre otras mentes, y de ese modo se acrecienta la tristeza del mundo".

Mi contestación fue: "Si no me arrepiento por lo que he hecho, cómo se grabarán en mi alma suficientemente profundas las lecciones de los errores de mi vida?"

La voz me contestó: "Escribelas con letras de fuego dentro de tu corazón, pero con el regocijo de haber alcanzado mayor claridad para lo sucesivo en el sendero que ahora está obscuramente alumbrado. Ningún débil penitente arriba a las "Puertas de Oro", ningún brazo débil puede alzar sus formidables barras. Piensa en eso y aprende la lección".

Aureos y argentinos rayos atravesaron el aire, "El Ojo" observaba atento y parecía refulgir con una luz fosforescente. Por lo tanto volví mis pensamientos hacia el Maestro, esforzándome en fijar su imagen delante de mí.

Entonces la faz de un caro amigo que no es conocido en este plano material, apareció a mi vista, y todo mi corazón se acogió a él.

"Caro amigo, pensé, si yo pudiera conversar cara a cara un momento contigo, como hombre a hombre, sin un velo entre los dos, la fuerza que tú posees me empujaría a manera de una poderosa ola a cumbres que jamás soñé escalar".

La voz tornó a decir: "No sabes lo que pides, la fuerza de que hablas sacudiría tu naturaleza en sus propios fundamentos. Y conoces tú qué demonios saldrían de allí para asaltarte y atormentarte? Eres tú bastante fuerte para ellos? Mas desde que el alma tiene poder de elección, dí tú mismo, si quieres o nó? Pero reflexiona si por una ganancia personal deseas arriesgar la pérdida de tu persona, y comprometer algún futuro poder de auxiliar a tus amigos".

Me sentí abatido, avergonzado. En mi redor vi una luz color de oro. Cerré mis ojos y dije: "No me atrevo, amigo querido, todavía no".

\* \* \*

Tras de todo esfuerzo y apariencia, tras de toda risa y llanto, después de nuestras derrotas y victorias que son a menudo tan descorazonantes, permanecen las eternas verdades de la vida. Y luego como niños cansados de jugar, nos levantamos y apartamos de nosotros los juguetes. Entonces sobreviene una pausa, un silencio y para muchos una sensación de vacío. De súbito parece que la gran ola de la vida nos ha empujado y dejado solos. El mundo que ha sido tan fecundo en intereses, como pleno de ocupaciones y placeres para nosotros, en un momento de lucidez, se ha vuelto un mundo de sombras; las manos que tan calurosamente estrechábamos desaparecieron, las flores que entretejíamos cayeron marchitas y desdenadas. Por qué ha sucedido y cómo, es parte del misterio. Sin embargo ha sucedido, y la vida no es nunca la misma para siempre.

Este es el momento crítico, cuando el alma débil desmaya, vacila y sucumbe. Pero el alma fuerte que grita, por lo menos: Yo soy, se empeña en avanzar, y bregando, encuentra que se sumerge más y más en el silencio y la obscuridad. No obstante eso debe andar, tiene que vivir, con el terror de la falta de percepción agujoneándole, con fe en ese único conocimiento de su propia existencia, opaco, débil fanal a cuyas vacilantes llamas ha de buscar su sendero. Desde luego que yo soy, entonces Dios debe ser. La agonía del fanal proviene de Dios, y mirad! que su pequeña luz ha crecido más y el camino es más claro.

A la espalda se oye muy lejos el bullicio del mundo. Pueden levantarse allí las guerras encarnizadas y las naciones elevarse y decaer. El no hace caso de eso, la obscuridad lo envuelve y el conflicto gigantesco del universo es nada para el que está luchando incesantemente por la vida y por la libertad, engolfado en la tremenda lobreguez.

Adelante, adelante, siempre en lucha. Estos son los dolores anunciadores del alma viviente. Los juguetes están abandonados, las flores mustias. Sí, pero Dios tiene otras flores que no se marchitan, y El posee dones dignos del alma del hombre.

Afuera, a pleno sol se destaca el guerrero, y los ángeles anunciadores le llevan la bendición de los dioses. El encuentra un nuevo cielo y una nueva tierra, húmedos de fresco rocío matinal. Hombres de faz resplandeciente y de ojos escrutadores le salen al encuentro. Aquí no hay ni violencia ni enojo, sino una serena tranquilidad sonora de rit-

micas cadencias. Un alma ha nacido. Por en medio de la obscuridad, por en medio del dolor y un rudo conflicto, abocado con la muerte, ha entrado en la vida. Se ha encontrado el Sendero.

Un largo camino se extiende delante de él pleno de escabrosas pendientes, pero los compañeros a menudo están a su lado, y él sabe Quién reside en las lejanas, luminosas serranías.

\* \* \*

Observaba la enorme masa de almas que pasaban sin cesar. Llenó mis oídos un estruendo como de torrentes inagotables entrecortado por agudos gritos y maldiciones.

Se levantó una humareda sulfúrea, una horrible fetidez. Por en medio de la obscuridad, negra y terrible, de cuando en cuando atravesaba un resplandor cárdeno que hacía el patético horror plenamente visible.

Mi cerebro vaciló. Enfermo y acobardado exclamé: "Oh, Maestro, qué es lo que tú me muestras?"

El de la faz radiante y angustiados ojos, respondió: "Este es el oleaje de la vida humana; estúdialo bien".

Examiné las caras que pasaban velozmente. En cada una leía el dolor y la tristeza; una pavorosa tragedia. Pero por más consternados que aparecieron aquellos que sufrían, descubrí una tristeza más honda en los que hablaban de júbilo.

"Este es el vórtice de la vida humana", dijo el Maestro, "en el que tú vives, por el que temes morir, al que te afanas en volver. En esto estriba nuestra obra: enseñar un camino que conduzca fuera de este infierno, hacer que los hombres lo quieran transitar cuando se les ha enseñado".

"Aterradora es la obra", exclamé estupefacto.

"Sí, en realidad, me respondió la clara voz, pero verdaderamente debe hacerse".

Miré arriba a la profunda bóveda del cielo, joyante con sus miríadas de estrellas. Un aire suave soplaba, como de la cúspide de una montaña cubierta de nieve, saturado de fragancias y de paz. Pero conociendo lo inevitable, y fortalecido por la sonrisa de la más tierna compasión del Maestro, yo me arrojé muy abajo en el vórtice.

\* \* \*

En una hora de pesadumbre y de anonadamiento, cuando la lucha de la vida exterior y la angustia de la interna aparentaban más de lo que

podía soportar el alma trémula, oí una voz. Sonaba de lejos, y no obstante, clara, distinta, de modo que no perdí una sílaba.

“Escucha estas mis palabras ¡Oh Alma!, y no las olvides jamás. Reside en el corazón del hombre un poder interior, una vida. Allí no habita la tristeza, ni la muerte, ni el temor a ellas. La paz lo envuelve e inefable alegría inunda toda la atmósfera. Reconoce que este lugar interno es tu morada, de la cual proscrita bebe el alma el cáliz de amargura, y es profanada por el pecado. Esa morada es tuya. Búscala y habitala, la paz vendrá; paz para tí y para todo lo que ames. La puerta del dolor impide la entrada, pero valor! y pasa adelante. Esta es una advertencia de cosas que tú conoces, pero las horas oscuras así lo necesitan.

Recuerda también que la luz del sol brilla para todos, pero el que más aprovecha es el que tiene mayor poder de sensibilidad. Así, pues, yo que he conocido la paz, te advierto que no temas el dolor. Te aconsejo busques el sol espiritual y te expandas allí, como las flores bajo el sol terrenal. La desolación pertenece a un plano inferior de conciencia; levántate a las alturas que tú bien conoces, donde no existe el lodo de la materialidad, ni las discordias con que a menudo se responde a nuestras divinas armonías.

\* \* \*

Trepé a la montaña para departir con mi propio corazón, y allí permanecí contemplando las estrellas. Todo estaba en calma en derredor, tan en calma, que oí las voces interiores, y sentí las presencias ocultas. Una cuya faz conocí se me acercó y dijo:

“Dirige la mirada hacia abajo sobre la tierra. Qué ves tú? y siguiendo el dedo índice de mi Maestro, distinguí una pequeña mota fúlgida que mientras la veía se transformó en un foco de brillante luz áurea. De éste irradiaban largos rayos y dondequiera que tocaban, otros destellos nacían. Y en tanto que observaba maravillado, una luz surgía tras otra luz, hasta que el mundo entero apareció encendido. Oí la voz de mi Maestro:

“Te invité a subir a la montaña para que aprendieses estas cosas. Mira! Todo esta refulgencia es de un puro devoto corazón, que trabaja sin ser conocido, sin esperanza de resultados, que ama el trabajo por el trabajo mismo, con los ojos siempre fijos en lo más alto”.

Y cuando descendí de la montaña le murmuré muy quedo al corazón: “En la plenitud del tiempo; y las voces interiores me respondieron en el viento de la noche que fluía de los árboles silenciosos y de las flores que siempre comprenden: “Ya es hora”.

\* \* \*

El alma se dirige a uno:

"Del remoto pasado he venido hacia tí, con la majestad de mi poder, con la efulgencia de mi gloria, con la austeridad de mi mortificación atravesando la distancia que habías colocado entre ambos.

"Yo soy aquel a quien negaste y te volviste en contra, a quien crucificaste en medio de dos ladrones. Sin embargo, mi compasión es grande y no te abandono. Oh! reflejo de mí mismo!

"Porque aunque tú has manchado la divina imagen por la que fuiste hecho, prefiriendo asociarte con el animal que hay en tí más bien que recorrer los estrellados espacios de los cielos; no obstante yo, que soy tú mismo, vuelvo una y otra vez, y volveré del mismo modo para siempre, hasta que por último me veas y me sigas.

"Porque el tiempo y la eternidad son míos y yo puedo esperar el cumplimiento de mis deseos.

"Dios, de cuyo espíritu procedí, me conoce por lo que soy; yo permanezco entre tú y la Radiación de su Gloria, cuyo más débil rayo te convertiría en polvo".

\* \* \*

Esta es la visión que se presentó a uno que vigilaba, y para que otros sean ayudados, como lo fué él, se recuerda aquí.

El estaba arrodillado ante el Ara de un Templo, donde había flores, y perfumes y preciosos objetos, acordes de distante música, armoniosa, divina, y tonos de luz a través de ventanas multicolores. En penumbra sombría estaba el lugar, volviéndolo todo misterioso y más exquisito aún. Por un espacio largo, muy largo, mientras él estaba de rodillas allí, en un éxtasis de adoración, su alma se colmó con la maravilla y alegría de aquello. Pero ¡ved! alzó la vista y todo se desvaneció. Todo estaba yerto y vacío, y el dolor de la revelación era abrumante. El forcejeó, y luchó, pero en vano, y después de un tiempo, viendo que todo era inútil, se levantó y se fué.

En las gradas del Templo encontró a un viejo amigo, quien sonriendo con cariño y benevolencia, le dijo: "Has tardado mucho. Estaba esperándote". El amigo no vió sus lágrimas ni notó cuán agotado estaba con el sufrimiento. "Ven, agregó, nosotros iremos juntos".

Así, pues, se fueron juntos, pero siempre el dolor pesaba sobre su corazón con lacerante pesadumbre, y día tras día volvió al Templo solitario para orar y esforzarse en comprender.

En una ocasión, en tanto que él se arrodillaba allí en medio de la frialdad y desolación, oyó una Voz, y luego cada vez más la Voz aumentaba en vigor y dulzura, siempre afable y alentadora y gradualmente colmándole con toda la vieja alegría, pero más completa, más profunda, más intensa.

Un día dijo él: "Es solamente una voz: no tiene forma". Y la respuesta fue: "Seguramente, cómo podría haber forma aquí?" Entonces continuó: "Acostumbraba a creer que aquí había forma".—"Eso era tu imaginación y tu ignorancia", fue la réplica.

Entonces él exclamó: "Siempre habrá dolor!" Y la respuesta le queda, muy queda: "Sí, hasta que se haya aprendido la lección".

Lloró amargamente, pero en medio de las lágrimas le vino una gran fortaleza, y más tarde comprendió.

\* \* \*

Una vez escuché a una alma que clamaba: "Luz, dadme luz; succumbo en las tinieblas". De todos los gritos, este es el más terrible que un corazón humano puede escuchar, porque solamente dos pueden responderle: Dios y el hombre mismo. De modo que nosotros que la oímos vigilábamos y esperábamos, orando e ignorando cuál sería el fin, pero sabiendo que habría un fin; vigilábamos y esperábamos por mucho tiempo, por muchos días, cuyas horas como lágrimas quemantes caían en el abismo del tiempo; esperábamos y vigilábamos por mucho tiempo, por largas noches, como aquellos que al lado de los moribundos, suspiran por el alba, y cuando el alba asoma, se estremecen a su pálida faz, y ansian la noche otra vez.

Al cabo un día habló Dios, y nosotros que conocimos que él había hablado, nos levantamos y seguimos cada uno su camino, con la paz en el corazón.

Pero lo que Dios había dicho, solamente aquella alma lo puede expresar.



## Como me hice Teosofista

Enén.

Muchas veces he tratado de inquirir de mí mismo el por qué me hice teosofista, y después de escrutadoras meditaciones llegué siempre a la conclusión de que, proviniendo ese por qué del mundo espiritual, y trascendiendo, por lo tanto, a esta nuestra finita mente, pretender conocer las causas de los hechos, a la luz de nuestra limitada inteligencia, equivalía a pretender la imagen del último eslabón de una cadena sin fin. Por esto, a la pregunta de por qué me hice teosofista, diría, seguro de dar la única contestación cierta: porque debía serlo. Así, intentaré del modo más ingenuo, narrar, no el por qué, por ser imposible, sino el cómo me hice teosofista.

Recién salido de un colegio de religiosos, apenas de quince años, oí por primera vez hablar de teosofía a un partidario decidido de semejantes ideas, persona de claro discernimiento y acierto espiritual. Hoy es amigo y excelente compañero de causa. A muy favorable karma atribuyo su amistad y compañerismo. Tanto así le debo a este respecto.

Cúpome por suerte vivir, casi siempre, junto a él. Desde nuestra primera entrevista llamó poderosamente mi atención la nueva filosofía. Inclinado por naturaleza a las cosas místicas y religiosas, y sintiendo una grande atracción hacia los asuntos ocultos, procuraba, contrariando mi conciencia de católico, mantener, a menudo, con el mencionado amigo, disertaciones más bien que discusiones, para deleitarme en esta, para mí, desconocida y sugestiva ciencia, que me presentaba una tan nueva como espléndida concepción del espíritu, de la vida y de las cosas.

Dos principios aceptaba sin réplica de ningún género: la Reencarnación y el Karma. De la primera conservaba cierta experiencia propia. Siendo un niño, de siete años más o menos, tuve, según mi recuerdo presente, dos visiones fragmentarias de vidas mías del pasado. Era, pues, asunto este descartado de la discusión especulativa. El asentimiento al segundo principio se desprendía como un corolario lógico del asentimiento al primero. Si volvemos, me decía, multitud de veces a esta tierra, conforme me consta por mi propia experiencia, con capacidades y limitaciones, en circunstancias favorables o adversas, si nacemos en la holgura o en la estrechez independientemente de nuestro querer, es porque una ley de acción y reacción nos rige, nos impele a ello. Esta ley, necesaria y justa, se llama Karma.



Aceptaba, también, el hecho de que a la luz de la teosofía todos los problemas de la vida quedan resueltos, de que todo aparece sabio y consolador. Pero mi fe católica, a la que me hallaba adscrito con sinceridad y honradez, me impedía aceptar nada que se opusiera o girase en otro radio extraño a ella. Me ví requerido, entonces, a sostener una lucha entre las condiciones de mi credo y las ideas teosóficas, cuya verdad sentía intuitivamente con ingenuo cariño. El simple título de las obras me dominaba con simpática sugestión. Me acuerdo que una de las que me atraían más era *Cartas que me han ayudado*. No obstante esto, al pensar en su posible anotación en el *Índice* de Roma, me esforzaba a mí mismo para evadir el deseo de leerlas. Tal, así, la lealtad de mi causa.

Sin embargo, conceptuaba tan alentadoras, tan elevadas y espirituales esas enseñanzas, penetraban tan en lo hondo de mi naturaleza que a pesar de mi fanatismo, cuántas veces no anhelé, con anhelos del corazón, no ser católico para haber sido teosofista! Quizás llegué hasta arrepentirme de mi profesión de fe romana. Porque si bien la verdad de la Iglesia era la única que debía admitir, eso no evitaba que mirara al teosofista con envidia secreta. Lo incluía entre los afortunados, con tristeza de no poderme incorporar en sus filas. A mi juicio, y en contra del dogma de mi credo, no merecía la condenación.

Con todo, y reflexionando de la manera expuesta, no me decidía a aceptar las nuevas ideas. Ni un palmo avanzaba, al menos prácticamente, en el terreno de ellas. Paradojas del Karma. Este me reservaba aún otro género de experiencias que recoger. De este modo, después de años del primer encuentro con mi amigo, impelido por mi índole religiosa, y considerándome llamado al servicio espiritual de la humanidad, entré de estudiante en un seminario, creyendo al sacerdocio el camino para aquellos fines. Pronto me dí cuenta de lo errado de mi creencia. Al año y medio abandoné la carrera eclesiástica.

De mi estada en este colegio logré una enseñanza de valor: me había acercado al ídolo y vístole los pies de barro. Mas como siempre he tratado de ser lógico, razonaba en esta forma: si los ministros no cumplen la doctrina, ello nada prueba en contra de la misma. Y continué sin prescindir de la vida insignificante de mis viejas opiniones.

Tengo presente, lo recuerdo con alegría, cómo durante mi permanencia en aquel plantel, no obstante la presión del medio, de las nociones conservadoras, retrógradas que respiraba, del método escolástico, dentro de mi recinto íntimo conservaba, como prenda de la que no quería desprenderme, un suave y profundo afecto por la teosofía. Blavatsky!...

Krishna!... el Jesús Iniciado!... Buddha!... el Ocultismo!... cuántas veces bajo las arcadas de los claustros o en las soledades de mi celda fueron para mí motivo de meditación.

En esta actitud permanecí por espacio de dos años. Al cabo de este tiempo Karma de nuevo colocó en mi camino al antiguo amigo. De temporada en un balneario vecino al puerto donde yo vivía, a diario lo visitaba. En esta vez, como siempre, me conduje tan atento y fervoroso oidor como partidario intuitivo de la teosofía. En una de estas visitas le supliqué me facilitara, para leer, el *Bhagavad Gita*. Había oído decir que era la lectura diaria de Humboldt, y que no figuraba en el *Índice*. Por este motivo me determiné a leerlo, contento de que se me presentara una oportunidad que, sin ir contra mi religión, me permitiera satisfacer mi viejo y recóndito deseo.

Conjuntamente con esta lectura empezó en mí la lucha entre los principios y dogmas de mi religión, a los cuales profesaba cariño predilecto, positivo apego, y la verdad real y desnuda que se me revelaba más clara y evidente a cada versículo que leía. Desfilaron por mi mente, con un aceleramiento sólo comparable a una cinta cinematográfica, una multitud de problemas: Dios, el hombre creado, la religión católica, única y verdadera; la pasión de Cristo por redimirnos, la condenación. Esto por una parte, y por la otra: la teosofía, la Iniciación, el mundo, el hombre increado, la evolución, la redención de uno por uno mismo, el espíritu, la vida, la piedad. Todos igualmente pasaban por mi pensamiento, desde el más trivial y pueril hasta el de más importancia y trascendencia. Semejante confusión, intensa, revolucionaria, violenta, repercutió en mi naturaleza física en una continua dolencia de cabeza de tres días.

En medio de este caos, promesa, sin duda, de una génesis que no adivinaba, dirigí a mi Cristo las mismas palabras de Arjuna a su Maestro:

*¡Oh Krishna! Al contemplar a mis deudos y enemigos llenos de coraje e impacientes para empeñarse en una lucha fratricida, mi rostro se demuda, siento secárseme la garganta, un frío mortal corre por mis venas, mis cabellos se erizan y todo mi cuerpo se retuerce de horror. Hasta Govinda, mi arco fiel, se me cae de las manos, mi piel se abrasa, faltanme las fuerzas para sostenerme, mi razón se confunde en un torbellino de ideas y en todas partes veo siniestros presagios.*

.....

*Dime, cuando yo haya exterminado a mis parientes y amigos ¿dónde podré encontrar la felicidad?*

Y al igual del divino Krishna, contestóme mi divino Cristo:

*Te estás lamentando por quienes no debes lamentarte.*

*El hombre versado en la sabiduría espiritual no tiene lágrimas ni para los vivos ni para los muertos.*

*Cuando hayas atravesado la selva tenebrosa del error, cuando tu corazón haya logrado sobreponerse a las engañosas ilusiones, sentirás un profundo desdén por todas las doctrinas reveladas, así como por las que están por revelar.*

.....

*Cuando tu mente, apartada de tales doctrinas, haya logrado el reposo y la estabilidad en el Supremo Espíritu, entonces alcanzarás la suprema sabiduría.*

Largamente medité estas palabras, con ardoroso deseo traté de profundizar su sentido, y a lo último, para regocijo de mi alma, me encontré teosofista!

Parece que en esta ocasión agoté, de una sola vez, todas las dudas, vacilaciones, temores, pues desde el momento dichoso de mi cambio de principios, jamás ni he dudado, ni vacilado, ni temido. Al contrario, me encuentro satisfecho, con mayor fuerza cada vez; y bendigo a Karma siempre por haberme protegido con la oportunidad de conocer la sabia y santa teosofía, la más cara, hoy, a mi espíritu.

Mi iniciación en ella, si bien registró mucho de amargo y tormentoso, por lo que respecta a mis luchas, tuvo también, en verdad, mucho de agradable y poético.

Recuerdo, con el placer de las cosas gratas y lejanas por cuya renovación suspira uno, cómo en un hermoso mes de julio, todas las tardes, a la hora del crepúsculo, a orillas de la mar, bajo los altivos cocoteros, ante el hilo del horizonte que une al océano y al cielo en la inmensidad, recibía yo, con recogimiento de aprendiz ingenuo y ferviente, del caudal luminoso de mi amigo, mis enseñanzas efectivas sobre la ciencia de Jesús y de Hermes.

Paisaje externo que simbolizaba mi proceso interno. Idénticamente, al borde de las cosas de la tierra, ante la inmensidad del mar psíquico y del cielo espiritual, presenciaba yo, cómo, al mágico conjuro del verbo lleno de fuerza y de vida de este mi instructor, caía la tarde en mis antiguas ideas y se ponía, en el ocaso de mis convicciones, para no levantarse más, el sol de Roma, que alumbró mi adolescencia con vigor de mediodía.

De este modo y a través de estos incidentes, vine a adquirir la dicha de formar parte del movimiento místico-filosófico más excelente y glorioso que han visto los siglos occidentales, y así la honra de trabajar y servir, aspirando a hacerlo cada vez más de cerca, en la obra divina y humana de los Maestros: la Fraternidad Universal, por medio de su órgano: la Sociedad Teosófica.



## Recorte de los Yogas Sutras de Patanjali

Charles Johnston.

*Cuando las tres: Atención, Contemplación, Meditación, se ejercitan a un mismo tiempo, esto se llama Meditación perfectamente concentrada (Sanyama.)*

Cuando se mantiene alejada la limitación personal de la conciencia perceptiva, y permite que lo Omniconsciente obre sobre el problema, brilla entonces el conocimiento positivo llamado relámpago del genio, ese positivo conocimiento que da en descubrir, y sin el que no se podrían revelar, por más laboriosos que fueran los esfuerzos, ninguno de los secretos de la vida. Porque el genio significa la visión del Hombre Espiritual, visión que representa más bien un asunto de progreso que de presente labor, aunque, por otra parte, el esfuerzo bien dirigido, debidamente continuado, conducirá a su tiempo, y de modo infalible, al desarrollo y a la visión. Por medio de ese poder que aleja la limitación personal, miserables asuntos y cuidados, que afirma el carácter y la voluntad en el amor ardiente de lo verdadero y en el deseo de conocerlo; por medio de ese poder que permite revelarse a la Omni-conciencia, todos los grandes hombres, decimos, realizan sus descubrimientos. Newton, al observar la manzana que caía en tierra, fue capaz de ver más profundamente, de ver las sutiles ondas de fuerza latir a través de manzanas, de mundos, soles, astros; y de esta suerte, pudo percibir la gravitación universal. La Super-alma, observando a través de sus ojos, reconoció una de sus hijas: la energía universal. Darwin, estudiando las formas, los movimientos de las plantas y animales, permitió que aquella misma augusta conciencia trabajara en ellos, así vio el desarrollo infinito, lo vio perfeccionado por la lucha incesante. Percibió el magnífico proceso de la evolución, en que la Super-alma una vez más

se reconoció a sí misma. Fraunhofer, atento a las líneas oscuras de la faja luminosa de su espectroscopio, adivinó su identidad con las líneas brillantes en el espectro del hierro incandescente, del sodium y otros, vió, de ese modo, la unidad de substancia en los mundos y soles, la unidad de los elementos del universo. Otra vez la Super-alma se reconoció a sí misma, mirando a través de los ojos del investigador. Lo mismo pasa con todo verdadero conocimiento. Pero la mente tiene que trascender a sus limitaciones, a sus idiosincracias, tiene que vivir la pureza, porque a los puros de corazón se ha hecho la promesa de que verán a Dios.

\*

*Por el dominio de esta Meditación perfectamente concentrada, surge la iluminación de la conciencia perceptiva.*

Queda aclarado el sentido de esto con lo que antes se ha dicho. Cuando el Hombre Espiritual se halla en capacidad de vencer las trabas de la iluminación mental y emocional, de abrir sus ojos, claramente ve, logra la percepción iluminada. Dijo una vez un poeta que el Ocultismo era el cultivo consciente del genio, y en verdad que alcanza las percepciones geniales el Hombre Espiritual despertado. De genio: la visión, el poder del Hombre Espiritual, ya lo reconozca su poseedor, o no; suyo, todo conocimiento verdadero. Esto lo han reconocido, han anotado su testimonio, los hombres más grandes de los tiempos. Y los famosos en sabiduría, que no lo han reconocido conscientemente, están llenos siempre de reverencia, de abnegada devoción; y la reverencia y la humildad significan el reconocimiento de la cercanía del Espíritu, de esa Divinidad que nos ampara, como el Señor al siervo.

.

*Este poder es distribuido en grados ascendentes.*

Debe lograrse paso a paso. Es asunto de evolución, de crecimiento, no de milagro. Primeramente, Newton tuvo que aprender la tabla de multiplicar, luego las cuatro reglas de la aritmética, después los rudimentos del álgebra, antes de llegar al teorema del binomio. En cada uno de estos pasos hubo atención, concentración, discernimiento; ningún progreso hacia el punto siguiente era posible sin el logro del anterior. Así ocurrió con Darwin. Tuvo que aprender la forma y el empleo de la hoja y de la

fior, del hueso y del músculo, las características de los géneros y las especies, la distribución de las plantas y los animales, antes de que tuviese en cuenta ese vínculo del conocimiento en el cual, por fin, pudo brillar la luz de su grande idea. Así con todo conocimiento. Así, con el conocimiento espiritual. Considérese el tema del modo siguiente: cada día de mi vida lo tomo como asunto primero para el ejercicio de mi discernimiento espiritual, con sus circunstancias, obstáculos, oportunidades, obligaciones. Hago lo posible por salvarlo de la mejor manera, por desempeñar sus deberes, aprender las lecciones que me ofrece. Trato de vivir mi día con fe y aspiración. Este, el primer paso. Al darlo, recojo por la noche la cosecha, adquiero una percepción más profunda de la vida, en virtud de la cual comienzo mi día siguiente con una ventaja segura, con cierto adelanto y adquisiciones espirituales. Lo mismo en todos los días sucesivos. Con fe y aspiración, iré, cada vez más, creciendo en conocimiento y poder, con sólo un día por asunto de progreso, hasta que la vida toda se convierta en radiante y transparente.

•

*En el Maestro reside el germen de la perfecta  
omnisciencia.*

El espíritu del Maestro es uno en esencia con la Super-alma, y por consiguiente comparte con ella toda la sabiduría y todo el poder. Toda conquista espiritual descansa en esto, y su posibilidad descansa en que son Uno el espíritu y la Super-alma.

•

*El es el Instructor de todo cuanto ha pasado  
antes, puesto que no está limitado por el tiempo.*

Desde los principios, la Super-alma ha sido el Instructor de todas las almas, las cuales, por el hecho de su consubstanciación, de la realización de su unidad con ella, heredan el reino de la Luz. Porque el Espíritu Supremo es anterior al Tiempo; y el Tiempo, padre de lo demás, es uno de sus hijos.

•

*Su palabra es OM.*

OM: el símbolo de la Trinidad en Uno, los tres mundos en el Espíritu; los tres tiempos, pasado presente, futuro, en la Eternidad; los tres

Divinos Poderes, creación, conservación, transformación, en el Sér; las tres esencias, inmortalidad, omnisciencia, gozo, en el Espíritu. Tal la palabra, el símbolo del Maestro y Señor, el perfecto Hombre Espiritual.

*Haced en vuestra mente una silenciosa repetición de OM, y medita sobre la palabra.*

Esto tiene muchas significaciones en grados ascendentes. Primero la potencia de la palabra en sí misma, como en todas las palabras. Luego el vario sentido del símbolo, como arriba queda indicado. Por último, la realización espiritual de las altas esencias en esa forma simbolizadas. Así ascendemos paso a paso hacia el eterno.



## Cartas que me han ayudado

Vol. II

William Q. Judge.

(Compiladas por Thomas Green y Jasper Niemand).

*Este pequeño libro se coloca sobre el Altar, en devoción de los INMORTALES y en servicio de la Humanidad.—Junio, 1905.*

El amor del Maestro es generoso. La luz de ese amor resplandece sobre tu faz, y las vías torcidas hará rectas para tí.

EL LIBRO DE PARTIDA.

### PROLOGO

Una clara diferencia se notará entre este segundo volumen de *Cartas que me han ayudado* y el precedente. El primero tenía una unidad de propósito y desarrollo al exponer, como lo hizo, con ordenada ilación, los puntos salientes de la enseñanza oriental. Semejante unidad se debió al hecho de que aquella serie de cartas fue escrita a un solo individuo, y de esta suerte cursó por una línea adaptada a las nacientes

necesidades y estudios de aquel a quien se dirigían, lo mismo que a todos los estudiantes compañeros que persiguen una idéntica dirección de pensamiento.

El presente tomo, por el contrario, se compone de cartas y extractos de otras, escritas a un número de personas de diferentes partes del mundo. En muchos casos los individuos solicitados tan sólo enviaron un resumen a los compiladores, para que de su caudal algo pudiera darse a la humanidad. En otros casos se envió la carta toda, pero que no podía publicarse por su contenido personal o de asuntos extraños. Y otras, sin esos inconvenientes, se publicaron enteras. Pero hemos creído mejor omitir todo encabezamiento y conclusión en ellas, para que no se formulara ningún juicio respecto de sus recibidores, sólo dejando destacadas las verdades que encierran, fuéramos de marcas y nombres. Muchos de estos extractos se publicaron en *The Irish Theosophist*, y otros en la "Tea-Table" de *The Path*, donde "Quickly" era el nombre usado por Mr. Judge, y quien escribió a uno de los compiladores manifestando el deseo de que se republicara la serie (con la adición de otras materias), como un segundo tomo a la obra primitiva. De esta manera entramos a cumplir aquellos deseos manifiestos.

Durante la vida de Mr. Judge era posible volver a poner en orden los asuntos, o indicar supresiones o ampliaciones, o la agrupación de varios extractos en una carta, como también comentar, porque él siempre estaba dispuesto a oír toda idea, complacido en ver que su comentador había penetrado su pensamiento, y así a corregir errores en este respecto. Se comprende bien que semejante ordenamiento, para la perfección y unidad de la obra, es bastante deseable. Así se esperaba continuar ese método en el presente tomo, pero la muerte del escritor lo ha hecho imposible. Sólo podemos publicar algunas cartas completas, en la forma en que se encuentran, y reunir conjuntamente los extractos que restan.

Un punto más. Gran número de cartas se han presentado de ese modo. Sólo uno de los compiladores posee varias, todas escritas después de la publicación del primer tomo y que abarcaron aquel período de años, durante los cuales, las pruebas a que estuvo sometido Mr. Judge se tornaron cada vez más duras, período a que puso término su muerte inesperada. Cuán grandes fueron estas pruebas, ninguno lo supo bien, excepto el Maestro, a quien con tanta devoción sirvió. La última carta la escribió poco tiempo antes de morir. En ninguna de estas cartas, ni en una siquiera—en las vistas por los compiladores—hay ni una palabra agria o condenatoria contra los autores de sus penas. Aceptaba la copa



amarga, la profunda injusticia que se le hacía, sin una palabra que pudiera desmentir la fe que profesaba, o sus enseñanzas. Sorpresa sí hay, disgusto una o dos veces por la pérdida de tiempo, por hechos y palabras absurdos. Y después vuelve hacia aquella sabia compasión que comprende que no el dañado, de cierto, es la víctima, sino el que inflige el daño.

Mr. Judge enseñó siempre el verdadero Ocultismo, el sendero más elevado. Cuando le sonó su hora de prueba, paso a paso anduvo por el sendero. En el destino de los crucificados, sean Cristos o sus discípulos, se ve siempre que la más ruidosa negación de ellos viene de los que han sido más ayudados, más servidos. Les llega la traición de aquel que se sienta a la mesa con ellos. Y de toda la larga línea de mártires ninguno ha sido justificado por su época. Esto por sí sólo hace reflexionar a los pensadores, con el recuerdo, además, de que la muchedumbre siempre prefiere la absolución de Barrabás.

El gran drama se desarrolla por las mismas líneas. El iniciado, ora discípulo, ora adepto, no se puede defender. Esta es la ley inexorable. Pero tiene el apoyo más benévolo que les es dado prestarle sobre la espinosa senda sus grandes predecesores: todo el gozo de una batalla noblemente librada, toda la gratitud de aquellos cuya intuición va detrás de él más allá del velo que oculta de nuestra vista al iniciado.

Así estas cartas respiran la compasión, la paciencia, la fraternidad, que para inculcarlas a los demás vivió su autor. Dolor, en verdad, sintió; pero lo guardó valerosamente. Su grande y benigno corazón permaneció incólume y puro. Dulcificó las horas de amargura, con una honda resignación a la Ley. Fue de aquellos de quienes se ha escrito: "El que por mí pierde su vida, la encontrará."

Para la ayuda de la humanidad publicamos estas cartas. Las confiamos al juicio de los venideros, sabiendo bien que sólo la Verdad prevalece en los espacios eternos. El que aquí se ve sostener y consolar a sus compañeros durante las más tristes horas de su vida, y hasta las puertas del sepulcro, fue sostenido también, no sólo por una gran fe y por una Mano Omnicompasiva, sino además por el amor, viviente en su propio secreto corazón. Al Maestro abandonó todo lo demás.

*He sido hasta ahora un desterrado de mi verdadera patria. Torno de nuevo a ella. No lloréis por mí: vuelvo a aquella tierra celestial adonde van a su vez todos.*

HERMES TRIMEGISTO.

Queridos hermanos y hermanas:

Creo que no se ofenderán si otra vez me presento de intruso delante de ustedes. Estoy tan lejos, y el lugar donde trabajó mi antigua amiga e instructora—la que me indicó la vía que nos conduce de modo seguro, si se la recorre, a la luz, a la paz, al poder de la verdad—es tan querido para mí que quiero hablar con mis compañeros que ahora viven donde ella desempeñó sus labores, donde su poderosa alma abandonó el cuerpo que utilizó para nuestro bien. Sin duda que esto sirve de razón suficiente.

Refiriéndonos a la carta del Maestro publicada en *El Mundo Oculto*, notarán ustedes que dice que son filántropos los Maestros, y que en esto consiste su único objetivo. De manera que nunca, en verdad, les ha llamado la atención el egoísta aun cuando sea el más antiguo miembro de la S. T., que, así, jamás ha hecho nada en beneficio del desarrollo de su espíritu, nada en beneficio de la raza del hombre. La simple condición de miembro de la S. T. o de algún otro cuerpo místico, no nos acerca a los Maestros, sino precisamente aquella obra de filantropía inspirada por un motivo puro.

También sé, y lo digo con toda claridad—porque estando tan unidos debemos hablar francamente—que algunos de nosotros, o quizás todos, hemos esperado y deseado, unos: ir hacia el Maestro, sin ni siquiera apreciar su conveniencia; otros, saber lo que es sólo un vago deseo interno; los demás, el desarrollo de los sentidos internos en la confianza de que el Maestro realizará el milagro, y así sucesivamente. Todo ello se expresa en el escrito del Maestro mismo: “Ustedes quieren saber de nosotros, de nuestros métodos de trabajar, y por eso buscan la línea del ocultismo.” Buscar, procurar o querer llegar hasta Ellos, es justo, porque de otro modo nunca, en ningún tiempo, alcanzaremos el sitio donde esos seres se encuentran. Pero, entonces, debemos obrar como sabios pensadores y pensar sabiamente. Conozco a muchos de ustedes, y lo que estoy diciendo ayudará a algunos como también me ayudan a mí.

Ustedes, en conjunto, se hallan hollando el camino que conduce a los Maestros, pero en nuestra condición actual, poseedores de cuerpos débiles y enfermos hereditariamente, no podríamos, en caso de que es-

tuviese en nuestras facultades, vivir ni siquiera una hora con ellos. Algunos, además, tienen dudas y ceguera, sobre todo desconfían de sí mismos. Esto no debe abrigarse por ser un artificio del hombre inferior que lucha en el sentido de retenernos en la fila mediana de la raza. Cuando uno se eleva por cima del nivel común, el enemigo del hombre hiere y batalla de manera incesante por traernos nubes de vacilaciones y desaliento. De aquí lo oportuno de comprender que todos, y cada uno en particular, hasta el más humilde, cuando trabajan con perseverancia, se acercan por grados a un cambio, y de éste a otros sucesivos, constituyendo toda esta serie de cambios, pasos hacia el Maestro. No den acogida al desmayo del corazón. Se requiere de tiempo para todo crecimiento, para toda transformación, para todo desarrollo. No impidan sino que, por el contrario, permitan que el tiempo realice su obra perfecta.

Y cómo podría impedirse? No sé cuántos habrán pensado sobre esto, pero aquí va un caso. A medida que trabaja un estudiante sincero, su trabajo lo acerca un paso cada día, y siendo dirigido hacia adelante, de seguro se producirá una especie de silencio o soledad en torno de su naturaleza. Llegado aquí puede paralizar todo su progreso, permitiendo que el desaliento lo invada con una de sus múltiples razones y pretextos. Es posible, entonces, que el estudiante retroceda hasta el punto de donde principió. Esto no revela una ley arbitraria, sino de la naturaleza. Revela una ley de la mente, y los enemigos del hombre se aprovechan de ella para el vencimiento del discípulo incauto. Jamás permitiría yo que me dominase la más pequeña cantidad de miedo o desaliento, porque si no veo el camino ni su término a causa de la niebla que lo cubre, me sentaría sencillamente a esperar. No permitiría que la niebla me hiciera concebir la idea de que era incierta la existencia del camino, o de que no podía continuar adelante. Las nieblas tienen que desaparecer.

Cuál, entonces, es, por último, el remedio, o el excelente talismán? El DEBER, la abnegación. El deber cumplido con perseverancia constituye el yoga más elevado, superior a los mantras, a cualquier postura u otra cosa. Si en nuestras posibilidades no hay más que el deber, su cumplimiento nos llevará a la meta. Y, mis queridos amigos, puedo jurarlo: a todos nos vigilan los Maestros, y cuando alcanzamos el punto deseado, realmente merecido, Ellos, sin falta, se manifiestan a nosotros. En todo tiempo sé que nos socorren y tratan de ayudarnos hasta donde permitimos que lo hagan.

Porque los Maestros están ansiosos (para emplear una palabra nuestra) de que el mayor número posible llegue al estado de poder y de amor

por Ellos adquirido. Por qué, entonces, admitir la suposición de que no ayudan? Son Atman, y de esta suerte, la ley de Karma misma. Por lo tanto se hallan presentes en todas las circunstancias de la vida, en cada aspecto de nuestros variables días y noches. Si usted despierta su fe en esta dirección, se hará, más de lo que se imagina, acreedor a la ayuda de Ellos.

Le envió mi afecto, mi esperanza, los mejores pensamientos, para que encuentre resplandeciendo en torno suyo, todos los días, la gran luz. Estoy con usted.

---

## ¡Salve, oh Jesús!

Román Grim.

A poco examen, por la propia claridad que difunde el asunto, no cabe duda de que el alma moderna, si se recuerdan sus rigideces anteriores, sus prejuicios, ha venido transformándose de una manera sucesiva y sensible, quizás de hace medio siglo a nuestros días. Sorprende el caso, hasta el punto de que parece no tener precedente ni en cuanto a lo corto del espacio en que se ha desenvuelto, ni en cuanto a su renovadora magnitud radical. El secreto y los resortes de esa transformación se hallan en la obra de Darwin y de Blavatsky, por cuanto revolucionó, hasta el fondo, tanto el pensamiento científico como el pensamiento filosófico, entonces dueños y directores de los métodos de estudio y de la cultura de las escuelas.

Darwin estableció, con todo éxito, intenso y resonante, la unidad de la naturaleza a la luz del concepto fundamental de la evolución, en tanto que Blavatsky estableció, con no menos éxito, a la luz del mismo concepto, la unidad de la vida y del espíritu. Los dos sucesos, descartando antagonismos sólo aparentes, concurrieron con el vigor y novedad de las doctrinas vencedoras, a desarmar la antigua arquitectura de las ideas; y como consecuencia del hecho mismo, ya sin estorbos y abierto el espacio, tenía que nacer la tendencia a un nuevo reajustamiento de cosas y de ambiente e influencias, en el alma moderna conmovida o despectada. Esta tendencia apareció en efecto, a iniciativas tímidas en los comienzos, pero ahora se descubre, como en corriente y en su cauce ya, en la revelación integradora, desenvuelta, libre, que vaga en las últimas crónicas del arte, de la filosofía, de la política y del estado religioso.

Desde luego, no se puede negar, en justicia, que la mentalidad ha trascendido sus puntos de vista tradicionales; y que a medida que crezca y se adapte al medio recién creado, alentará sus impulsos a paisajes más propicios a la visión naciente, hasta que afirme, como muchos lo esperamos, la dignidad de un nuevo vuelo en la asunción armoniosa, continua, del todo universal.

Los que sostenemos el principio de que el hombre, bien aislado o bien como unidad colectiva, es el producto y la expresión de su interior o de su propia psiquis, estamos prestos a sostener el corolario lógico de una próxima grandeza social necesariamente construída sobre la dignidad del pensamiento nuevo.

Leyendo a Rodolfo W. Trine, excelente escritor, me he encontrado con mis ideas y visiones en lo que toca al futuro y sus promesas espléndidas. En su libro *Vida Nueva* se sitúa en cima dominante. Habla, como siempre, con voz suave, pero señora de todo el ámbito. Columbra, por sobre la humareda del drama contemporáneo, el resurgimiento de fuerzas que determinarán en la historia los caracteres de una humanidad elevada. Escribe como si viera de cerca el espectáculo radiante.

“Los hombres—dice—de nobles y espirituales ideas han de servir de fuerzas dinámicas en la gigantesca restauración económica y social que se avecina.... El movimiento de nuestra época necesita caudillos que robustezcan y no debiliten la energía espiritual, hombres que sepan aplicar a las cuestiones sociales la enseñanza del Sermón de la Montaña.”

Este acento, como se oye, resuena amplio y alto sobre el horizonte. Habría ligereza en considerarlo en el sentido de una mera canción de bondad locamente prodigada a la sordera del desierto. No: el acento anuncia, de modo directo, el ritmo que viene llenando y entonando la psicología de nuestra época. Trine agrega:

“Quien a diario se porte como si estuviera en presencia de Dios, será el más apto para servir de caudillo en el movimiento social.”

Tal el programa del porvenir. Asimismo Wilson, austero y entero, delante de la sociedad más joven exuberantemente, le alista la voz de avance:

“Bajo estas fuerzas brutas—discurre sobre la guerra en el Congreso de la Iglesia metodista de Mariland—vosotros podéis entrever fuertes impulsos de grandes ideales. Sería imposible sostener una lucha como la que se desarrolla actualmente sobre los campos europeos, si los hombres

no viesen, o creyesen ver, el oriente donde surgirá el sol del mañana; si cada uno de ellos no abrigara la convicción de luchar por algunos de los eternos principios de la justicia.”

Y luego confía a los vientos desde la casa de mando más poderosa de la tierra, estas palabras que nos recuerdan a Pablo en el Areópago, o en Roma:

“Yo espero que grandes fuerzas espirituales, estén ya prontas para afirmarse en nosotros, para iluminar nuestro juicio y reforzar nuestro corazón..... todos debemos estar listos para recibir la verdad cuando asome su aurora.”

De esta manera concuerdan en la interpretación del mismo cuadro el estadista y el escritor. De la propia suerte, leo en el fondo de la magna guerra algo más que un simple suceso, su sentido futuro. Hasta para los criterios tímidos, para los conformes con el ambiente de las tradiciones occidentales, representa la guerra, a todas luces, los últimos papeles de toda una civilización. Su misma tragedia acusa y condena sus valores morales.

Acaso, como de su metrópoli representativa, venga de los días babilónicos, ya que no se sabe de otros orígenes anteriores al tumulto magnífico del Eufrates, esa enferma tendencia de las sociedades de hoy a traducir todo, aun lo más sagrado, en una noción materialista, a comer y a beber de la mesa epicúrea como designio único, en un hambre de festín lo mismo que en la hora voluptuosa y ebria de Baltasar. Esto sitúa a la Europa, hasta ahora, en un punto evolucionario extraño al concepto místico que talló a la India, o al teocrático y clásico que modeló la estatura severa del Egipto. Surgió de otros factores que se mueven y combinan en los dominios del cuerpo, lejos de los dominios del espíritu, como se observa, a las claras, en su sangre más inmediata que fluye de la belleza griega, del derecho de Roma, de la fuerza germánica. Esa triple afluencia, invasora y hervorosa, integrada en su fondo y en su forma por las crudas y avasallantes visiones del Norte bárbaro, de los deslumbramientos cesáreos, del perfume y de las alegrías dionisiacas, resumió esa psiquis complicada de dominaciones, fortalezas, flexibilidades, que ha venido dando al mundo el tono de una profunda emoción y de un profundo concepto babilónicos.

Cuando llegó Jesucristo, pálida ya la antigua fe, se armaba, por eso mismo, un nuevo escenario sobre los dioses moribundos. Urgía sustituir la voz de los oráculos con otra que rehabilitara la gloria y

la verdad de los misterios. Y él llegó en esa oportunidad necesaria de orientación y de génesis. Llegó en la oportunidad, también, en que las razas tramaban y tejían, cautivas, su suerte en el poderoso nudo latino, y así habló de amor en medio del odio, habló de misericordia en medio del llanto, habló de paz, pero de la paz del bien y del espíritu; así empujó su talla el mayor de los guerreros en la mayor epopeya, se tendió como camino al pie de su siglo, para que la loba que había criado el imperialismo de los pretorianos, no tuviese posteridad. Su palabra sobre la gente cayó viril y heroica.

Como Daniel, él solo, entre los leones. El solo crió en el propio nido de las águilas sus palomas, labró valerosamente con el arado de Dios para cultivar sus lirios aun entre las rosas de Anacreonte. Ningún mártir, nunca, ningún héroe, más dueño de sí en drama alguno. Ni en el Pretorio, ni en la columna de los azotes, ni bajo la cruz, ni descoyuntado sobre la loma memorable, cedió nunca el varón fuerte de Judea. Ninguna batalla tan épica como la que él libró entonces, la que ha venido librando en un perpetuo duelo a muerte contra la ramera del Sennaar.

Pero, no obstante la presencia de Jesucristo, el concepto babilónico dominó el conjunto, talló al Occidente sobre el mármol griego y el acero romano. Rodó, sin arraigos, sobre la tierra estéril la simiente divina, en tanto que florecieron todas las viejas prostituciones: la de la carne en olvido del espíritu, la sensual, la del oro, la de todos los oropeles del poderío y del orgullo, las mismas prostituciones que acusó el verbo austero y candente de las antiguas profecías. La vida redujo la maravilla de su amplitud interna al cerco mezquino y corto del gozo de la materia. Aquellos humildes enviados que salieron, como la prole de un mismo padre, como la hueste decidida de un ensueño común, de la Noche de la Cena, abandonaron el tosco sayal por la púrpura de los señores; y Jesucristo caminó, taciturno y solo, a través de dos mil años.

Sus lirios se habían marchitado bajo el triunfo de las rosas de Anacreonte. El Occidente sin oídos para oír a su Maestro, sin ojos para verlo, no lo comprendió. Desde el Sermón de la Montaña hasta nuestros días ignora qué momento vivió el Occidente que tuviese el noble realce de una honda y genuina realidad espiritual. Sabemos cómo mantiene lleno de vino su cántaro y cómo se corona de las hojas de la vid en la más larga de las orgías. Sus héroes, sus escritores, sus estadistas, sus reformas, la organización y estabilidad de sus nacionalidades, no nacen de un ideal grande de amor y desprendimiento, sino que se agitan dentro del plan y el área de un concepto materialista.

De aquí el drama contemporáneo. De aquí el dolor inmenso, el silencioso dolor de una raza que se abre las venas con los hierros de sus manos, y sangra a ríos y llora. Corriendo con la virtud del abono la sangre, cálida y copiosa; en riego las lágrimas, y ancha la herida, vuelve en sí y mide la culpa toda, el pecado profundo y fértil, hasta que despierte al ímpetu saludable de arrancarse del corazón, a la ramera y la embriaguez cesárea. Entonces comprenderá, para fortuna de ella y del futuro, que apremia rectificar la marcha que ha traído en la historia. Apremia rectificarse, renovarse, para que brote de ella, como de una fuente pura, las aguas fecundadoras que hace tiempo aguarda el mundo sediento para los nuevos frutos de nutrición y juventud. Comprenderá, bajo el dolor como bajo un maestro de fuego y escarmiento, que el bien, entre todas las cosas, construye, que tiene valor de joya divina la justicia, que gime agraviada en sus fibras más secretas la humanidad cuando se ofende al amor, y que en toda siembra de alegría íntegra y de gloria el espíritu es raíz y jugo. Y cuando comprenda esto y sepa que en cada pensamiento que labre, en cada acto que ejecute, sirve el universo todo, para la acusación y la sentencia, de testigo y juez, entonces, desvanecido el bermejo sopor milenario, contemplará ascender entre el humo y el rumor del drama, como nunca radiante, como nunca vencedora, la figura intacta e imperecedera del Nazareno. Esta el alba que se presiente venir después de la noche.

No se diga, en són de réplica, que sólo urdo sobre la grandeza del incendio los mirajes de los soñadores benévolos.

Amo a Jesucristo, y lo veo aparecer y combatir en el vasto circo; y por mi ardiente confianza en la ley moral, veo, asimismo, sobre el épico duelo definitivo, abrirse en lauros las espinas de su cabeza.

No se espere, en modo alguno, que esta contienda entre los poderes de Ormuz y de Arimán de la sagrada escritura persa, concluya en tanto que el sol alumbre a los hijos del perfume lúbrico, de la danza báquica, del oro, de lo que la polilla roe y consume, de lo que huele a podre y a tumba; ni en tanto que el egoísmo en el individuo, en el grupo, en la raza, éntre de obrero y arquitecto, y labre y arme las piedras de las construcciones sociales. Así no puede, no debe concluir la pelea. Hay un principio de ética: que el mal da a luz al dolor. Para redimirnos de éste precisa destruir a aquél. He aquí la grandiosa significación de la pelea. Y mientras haya pecado, el Santo pelea; sin declinar el brazo divino, pelea el Justo, mientras haya injusticia; y el Redentor, mientras los tiranos deshonren a los pueblos. El incendio, pues, purifica, en una



especie de misericordia que vibra en sus llamas; y el humo del holocausto, lento y negro, al fin se cuaja en nube resplandeciente bajo el pie del Cristo erguido y triunfador.

El espectáculo ya cambia. Ya hay aceite en el vaso del ara antes en abandono, la caridad reparte su pan y su bálsamo, Kempis florece como un huerto místico, el luto grave sucede en la estancia a la seda vana, muere el grito de la alegría epicúrea y sube la plegaria como una lágrima sonora; los pensamientos van a Dios; y el mundo, sobre sí mismo, contrito, oye una misa solemne en el sacrificio de su corazón.

Al fin habrás de triunfar, oh Jesús!



## La Teosofía práctica (1)

C. A. G. Jr.

Hay dos grandes métodos por los cuales cualquier asunto puede tratarse desde el punto de vista teosófico; o para decirlo en otras palabras, podemos teosóficamente considerar cualquier tema por dos grandes medios de observación que rigen toda nuestra literatura: la Doctrina de la Cabeza y la Doctrina del Corazón. Sus propios nombres casi las explican. La primera estudia las cosas por la mente, por la razón, por el cerebro. Procede deductivamente. La segunda, por el contrario, trata de penetrar hasta el mismo fondo del asunto, directamente hasta su principio básico y descubrir su esencia espiritual, no por medio del cerebro, sino de la intuición. Su método es inductivo. Procede de lo general a lo particular. Sea cual fuere el tema que me proponga, puede estudiarse desde cualesquiera de estos dos puntos de vista, y creo que procederíamos con prudencia si nos sirviéramos de ambos. Así por esta noche me dispongo a ocuparme en nuestro asunto, primero respecto de la Doctrina de la Cabeza y luego de la Doctrina del Corazón.

Cuando se fundó la Sociedad, treinta y cinco años hace, el mundo abundaba de gente educada y culta, cuya fe religiosa había sido conmovida por los descubrimientos de la ciencia moderna. Darwin y Huxley en la evolución, Lyell en la geología y multitud de hallazgos en antropología y arqueología, desmentían la historia literal de la creación, tal como lo enseña la religión cristiana. Esta gente culta que abrigaba sentimientos

(1) Conferencia leída en la Rama New York.

religiosos, no podía de ningún modo, continuar creyendo en semejantes enseñanzas. Su religión no era la destruida. Lo destruido era su expresión tradicional. Entonces fue cuando apareció la Teosofía, la gran reconciliadora de la ciencia y la religión, y acogida como un bendito y grande acontecimiento. Entraron en la Sociedad por millares, y encontraron en ella, por primera vez en sus vidas, una base fundamental que les permitía acoger todo lo proclamado por la ciencia, y al mismo tiempo proseguir creyendo en la existencia de las cosas espirituales, en la vida después de la muerte, en los seres divinos, y en una palabra, en la religión misma. Por consiguiente, la Sociedad se convirtió en puerto de refugio para esa multitud, y una vez en sus filas, vinieron a ser entusiastas investigadores de los secretos del universo. No pasó mucho tiempo desde luego, sin que se advirtieran de que la Teosofía, toda ella, enseña la indudable existencia del plano espiritual, y además que este plano no es accesible al estudio o al conocimiento por los medios usuales de la investigación científica. Los planos espirituales del sér no revelan sus secretos ni al microscopio o telescopio, ni a las pesas y medidas, como tampoco a ningún instrumento, sea cual fuere su manejo delicado y competente. Sólo la misma alma humana constituye el instrumento que permite al investigador penetrar en el dominio del espíritu y descubrir, allí, las leyes fundamentales de la vida.

Por esto se originó una urgente e imperativa demanda de consejos acerca de cómo educar el alma para que desempeñe aquella tan difícil tarea. Y recordamos, de qué modo, diez o veinte años después de fundada la Sociedad, quedó satisfecha esta petición. *La Voz del Silencio*, *Luz en el Sendero*, *Por las Puertas de Oro*, *Cartas que me han ayudado*, se publicaron en pocos años algo después, para ser desde entonces suplementados, de tiempo en tiempo, con gran número de artículos en nuestras varias revistas, que, por sus principios, tenían un propósito idéntico. Infinidad de estos artículos se editaron en formas de folletos, como ocurrió con *El Cultivo de la Concentración*. Y desde aquella fecha hasta la presente se han ido agregando pequeños libros de idéntico carácter general, todos relacionados con la vida del alma, con la del discípulo, libros de la clase de *Fragmentos de Cavé* y de las admirables traducciones de las escrituras del oriente, por Mr. Johnston.

Una considerable cantidad de los primitivos miembros se inclinaron directamente a este nuevo aspecto de las cuestiones, y a partir de aquí se interesaron más del lado devocional de la Teosofía que de su lado intelectual. De esta manera hemos contado desde entonces, dentro de la

Sociedad, con numerosos representantes lo mismo de una doctrina que de otra. Esta histórica distinción continúa hoy día, y continuará siempre, por hallarse basada sobre las diferencias esenciales del temperamento humano. Muy a menudo encontramos en el pasado la misma diferencia. Prueba resaltante de ello es la lucha tradicional entre los sostenedores de "La salvación por la fe" y "La salvación por las obras." Cada uno de estos dos aspectos capitales del tema tiene su aplicación en la vida práctica o sea en nuestros asuntos diarios. Demasiado claro es la manera como se ha aplicado la Doctrina de la Cabeza. Poseemos las enseñanzas sobre el Karma y la Reencarnación, los siete principios del hombre, los planos, las rondas y las razas, enseñanzas que, en mayor o menor grado, aportan luz al problema. Esta Doctrina dice que debemos ser buenos, porque la bondad tiene recompensa. De ser lo contrario, dice, seremos castigados; y explica el por qué y cómo. Si nos comportamos como buenos el premio seguirá; y demuestra, asimismo, el por qué y cómo. Esto encierra un argumento fortísimo del por qué la Teosofía posee una base científica de la ética. No proclama una nueva, se contenta con la de los sistemas existentes, así como con la sostenida por cualesquiera de las grandes religiones; pero exponiendo las razones más convincentes de por qué debemos seguir estas leyes morales. De este modo se realiza un gran servicio. El cristianismo cuenta con un sistema de enseñanza tan admirable como no puede, tal vez, concebirse otro mayor; pero no da las razones por las cuales debemos observarlo. La Teosofía las da. La Doctrina de la Cabeza influye poderosamente y nos lleva adelante. Presumo que la más alta expresión de esta doctrina la sintetiza la Regla de Oro: "Haz a los otros lo que deseas que los otros te hagan a ti." De cierto que es muy elevada; y si existiera más gente que la practicaran, el mundo presentaría un aspecto más propicio. No concibo, de ningún modo, cómo la mente, cómo la razón, podría sobrepujar a la Regla de Oro, enunciando una ley más excelente o más sublime. Hay, no obstante, una ley superior, de difícil descripción, por el sencillo motivo de que trasciende a la Doctrina de la Cabeza; y hasta ahora sólo disponemos de los medios de esta última para el estudio y la investigación. Sin embargo, una ley semejante se presenta clara si consideramos la Regla de Oro desde el punto de vista de un ente divino: Tomemos, por ejemplo, a Cristo. No aceptamos la suposición de que él estuviera satisfecho de esta Regla como guía propia, por cuanto sería el primero, entendemos nosotros, en despreciar verdaderamente la retribución que ella implica. Y de cierto que la declaración: "No hagas a otros lo que no quie-

ras que te hagan a tí", encierra un principio personal, está expresada en términos personales; y por lo tanto, queda limitada al plano de la personalidad.

Hay una ley superior que elimina, por completo, al yo inferior: Ser buenos, no porque se nos retribuya esta bondad, sino porque constituye un deber el serlo. Porque nosotros, en nuestra naturaleza esencialmente interna, somos la bondad misma, y debiéramos esforzarnos en participar de esa bondad armonizando con ella toda nuestra vida. La Teosofía, como Doctrina del Corazón, enseña que cada alma representa un brote de la Superalma, un rayo de la Fuente Universal de la Vida espiritual. Esto es lo que realmente constituimos, y debemos guiarnos por esa recta orientación, por cuanto su designio inherente se contrae a retornarnos a nuestro origen primero. El medio para llegar a este fin consiste en la destrucción del yo inferior, del amor a él; o si lo preferimos, consiste en transmutar ese amor en nuestra naturaleza superior. Y la mejor regla para este género de conducta se encuentra en la que, años atrás, se complacía en indicar Mr. Judge: "No hacer nunca nada sólo por amor al yo inferior." Parece una regla fácil; pero intentad su práctica. Intentadlo, aunque sea por una hora!

Aquí tenéis traducidas en palabras, tan exactamente como ellas lo permiten, la ley de la Doctrina del Corazón. Veamos cómo se aplica. Si tenéis hambre, debéis comer, no por causa del hambre misma, o porque gustéis del alimento, sino porque vuestro cuerpo, instrumento imprescindible a vuestra alma, necesita alimentarse. Debéis darle justamente la cantidad y clase que requiere. Ni más ni menos. De proceder con esta prudencia terminaríamos, por lo menos, con la mitad de las enfermedades que nos aquejan, por cuanto provienen de comer demasiado e impropriamente. Debiéramos alimentar nuestro cuerpo como alimentamos un caballo de valor. Hemos descubierto por experiencia lo que le conviene, y su exacta cantidad. Así, eso le damos y nada más. Lo mismo ocurre con el descanso. Descansemos, pero sólo porque hay que mantener el instrumento del alma en buen orden y pronto para la mayor suma de trabajo; dormir, pero para recuperar las energías perdidas, y lo suficiente y nada más, o lo indispensable a aquel propósito.

Lo mismo se procede en lo que toca al recreo, a la diversión; porque el animal humano necesita de cierta cantidad de diversión, de recreo, de descanso. Lo necesita tanto como lo exija su temperamento. Cualquiera que sea la cantidad que se requiera, ha de suplirse con toda exactitud, pero de la misma manera impersonal que cuando damos des-

canso a nuestro caballo. Y mientras lleguemos a realizar esto, procuremos divertirnos conscientemente, no impregnando de tristezas nuestros placeres, como dice el francés que hace el inglés. Hay una gran fuerza en la alegría. Téngase presente que en Ocultismo es un pecado muy grande el cometer injusticia con uno como con los demás. El Ocultismo no establece distinción entre ellos: todos son rayos del Gran Yo Central, lo que, por otra parte, nos enseña el valor de la impersonalidad. Debemos aprender a considerar los asuntos que con nosotros se relacionan en el mismo tono en que consideramos los que no nos conciernen.

El otro día me refirió un amigo que varios individuos, en un club, discutían la cuestión de si era deber de un caballero levantarse para ceder, en un tranvía, su asiento a una dama, en el caso de que hubiese asientos desocupados que ella pudiera elegir. Se opinó que no era necesario. Tal vez resulte así desde el punto de vista de la Regla de Oro, desde luego que pocos de nosotros llevaríamos gusto en aceptar el asiento que los demás nos ofrecieran, habiendo otros desocupados que escoger. Pero visto el asunto del lado de la Doctrina del Corazón, no cabría la menor duda en la respuesta. Si apartamos toda consideración al yo inferior, si sólo tomamos en cuenta la otra persona, le cederemos inmediatamente nuestro asiento, o le prestaremos cualquier ayuda que haya menester, sin miramientos a nuestra conveniencia, comodidad, molestia, o a cualquiera otra cosa semejante. Sólo cuando nos importa nuestro yo, éste nos parece problema, y de esta suerte nos damos a precisar, a determinar lo cortés, lo que pide nuestro amor propio, o lo generoso y favorable.

Por esto veréis que la Doctrina del Corazón proclama, en efecto, un código de ética altísimo, que seguiremos conscientemente en tiempos futuros. Pero lo expuesto no servirá de razón para que no practiquemos algún principio, y así, yo os recomiendo de nuevo lo que a mí me parece la expresión más sucinta de la ley moral, desde el punto de vista de la Doctrina del Corazón: *Nunca hacer nada por el solo amor del yo inferior.*

# PREGUNTAS Y RESPUESTAS

*Pregunta: Cómo puede el Dios misericordioso permitir una cosa tan crue! como la guerra, que causa tremendas miserias y destruye las vidas de tantos hombres buenos e inocentes?*

*Respuesta:* Esta pregunta la propuso el otro día uno que tiene sensible el corazón para todos los sufrimientos humanos. Si alguno respondiera que la guerra es la acción de la Misericordia Divina, sería, probablemente, considerado loco. Entretanto, no obstante de correr el riesgo de ser tenido como tal, afirmo que es así, y trataré de probarlo.

Véase el siguiente caso, bastante conocido del cirujano. Un hombre se ha envenenado por un dedo, y la sangre corre por venas y células a un lado de su brazo. Llamado el cirujano tiene que amputar la mayor parte del órgano, aunque sólo una pequeña cantidad de sus células están infectadas por el veneno. Esto parece duro, pero el paciente conociendo la necesidad de salvar su vida, sufre con paciencia y animosamente la operación. Desde un punto de vista más amplio el mundo representa una unidad, un solo cuerpo; y las razas, las naciones, las familias constituyen cuerpos menores a manera de miembros, dentro de los mayores. Y cada individuo, o miembro de una familia y nación, puede estimarse como las venas o células de los cuerpos más extensos, de las razas y la humanidad. Ahora, estos cuerpos se infectan a menudo del veneno destructor del egoísmo, del amor propio, el materialismo, la sensualidad, etc. y se impone una amputación a fin de salvar la raza, la nación o la familia de un completo aniquilamiento, inevitable resultado de la actividad reajustadora del Karma, o ley de causa y efecto. Pero la "Misericordia" trata de impedir la destrucción tanto como haya alguna posibilidad de salvar al hombre del tremendo destino de la muerte eterna. Entonces Karma obra como el cirujano y opera sobre el cuerpo enfermo para salvar la vida del hombre, para darle otra oportunidad de abandonar los caminos del mal que lo llevan al anonadamiento, porque se oponen al Amor Divino y a la ley evolucionaria. Y—justamente como en el caso del brazo infectado por el ve-

veno—en esta operación son arrebatadas las vidas de muchos individuos aunque no se encuentren todavía entre los enfermos por el virus que, los arrastrarían a la muerte del alma, si no son detenidos a tiempo. Así la guerra significa a la vez el remedio para el reajustamiento Kármico y los medios de que se sirve la "Misericordia" para beneficiar al hombre. Pero aunque la guerra estalle en cierto lugar y termine con la humillación o hasta con la pérdida de la independencia de un país, no descendemos a criticar y juzgar acerca de donde el veneno ha penetrado más profundamente. No podemos hacer eso, primero porque nunca debemos juzgar, y luego porque carecemos del poder del claro discernimiento en tales materias. Sólo una cosa es cierta, por ejemplo, que donde en el exterior las pérdidas y los sufrimientos son mayores, hay la oportunidad de mejores ganancias internas y beneficios en lo futuro.

¿Pero qué decimos de los hombres buenos e inocentes cuyas vidas destruye la guerra? ¿No debemos pensar de ellos que están bien preparados? Sólo quien no crea en la inmortalidad del alma, y que, por lo tanto, ama su vida en este mundo más que en los cielos, puede realmente considerar una gran desgracia morir, y morir temprano. ¿No aparece razonable que todos los muertos en la guerra, tendrán mucha mejor oportunidad, si se lo merecen, de desarrollarse y crecer en experiencia y sabiduría espiritual en otro campo, o—como pensarían los que creen en la doctrina de la reencarnación—en esta tierra, en distinta época y bajo mejores circunstancias que en estas de la guerra que los arrastra a un rápido fin? De cierto que a veces sería una gran desgracia vivir bajo aparentes circunstancias felices que morir por la guerra u otro accidente. Sólo nuestro materialismo nos impide el reconocimiento de esa verdad.

Pero, sin duda, puede alguien decir, que debe de haber otros medios menos terribles y dolorosos por los cuales se llegue al mismo resultado!

De ser así, los habría omitido la Misericordia Divina para emplear los más duros y crueles recursos, necesarios a su propósito?

Mé parece incuestionable que la operación más eficaz y, al mismo tiempo más beneficiosa para curar el cuerpo infectado de una raza o de una nación es la guerra, porque tiende más que ninguna otra calamidad a mejorar al hombre, a crear noble heroísmo, desinterés y obediencia, las más necesitadas virtudes humanas en la edad presente. Tiende a ofrendar al individuo a la causa de la sociedad, a destruir las ten-

dencias anárquicas y al materialismo, a conducir al hombre más cerca de Dios, a pesar del manifiesto sacrilegio cometido cuando, en su ignorancia, le pide a El lo ayude en sus odiosos esfuerzos para destruir al adversario. Ciertamente que Dios, por causa de la "dureza del corazón" del hombre, permite que sucedan cosas pecaminosas, pero este hecho no puede santificarlas. Matar a otro hombre, a nuestro hermano, se opone a la Ley Divina, aunque eso venga a ser un deber del soldado en la guerra. *Es absolutamente necesario que vengan las ocasiones de conflicto; pero el dolor cae sobre el hombre (o los hombres) por medio de las cuales las ocasiones vienen.*

Los otros desastres no son tan efectivos para el desenvolvimiento de aquellas virtudes. La peste, por ejemplo, aunque ocasiona tremendas miserias y hiere a jóvenes y a viejos como al inocente, hasta más que la guerra, hace al hombre huir más cobardemente ante el enemigo invisible. Apartando algunas escasas bravas excepciones, ayuda muy poco a producir la valentía y el propio sacrificio, y dudo de que tenga algún poder para destruir la anarquía en la naturaleza humana. Y en general, las oraciones de la gente bajo semejantes circunstancias son más las oraciones del miedo, o del pánico, que de la devoción y del obediente sometimiento a la voluntad de Dios.

Para enseñar al hombre a comprender que el materialismo, el egoísmo y todas las reclamaciones sobre su propio valimiento son como el veneno en la sangre, se hace inevitable, para salvar su vida, que el Cirujano celeste ejecute una operación, o por la guerra, o por algún otro desastre más duro y más terrible aún. Y cuando se aprendan el propio sacrificio y la obediencia, y se esfuerce el hombre en cumplir la voluntad de su Padre altísimo, entonces la guerra y muchas otras calamidades aparecerán imposibles en el mundo, porque habrán cesado sus causas verdaderas; y, así, las fuerzas que producen estos terrores pueden obrar más directamente, y con mayor eficacia, por la elevación de la humanidad.

T. H. K.

---

*Pregunta: Cómo obra el Karma individual en la guerra europea? Es posible que esa manera de separación repentina y espantosa del alma del cuerpo sea la deuda kármica de miles y miles de seres humanos?*

*Respuesta: Sí. Parece probable que todos los humanos sean aptos kármicamente para sufrir muchas muertes repentinas y espanto-*



sas, ora por su bueno como por su mal karma, ya que considerar una desgracia la muerte es sólo el resultado de un punto de vista materialista. Y qué razón hay para suponer que la muerte de balas de fusil, o de obuses, es una más "repentina y espantosa separación del alma del cuerpo" que la muerte por cáncer o consunción, o alguna de las otras enfermedades que más nos matan? Hay razón en suponer que el alma se conmueve o sorprende por lo que parece una "muerte repentina"? No será que el preguntante considera el asunto desde el punto de vista del yo inferior con sus ansias perniciosas hacia la vida material y su completa falta de comprensión de la vida y del bienestar del alma?

---

*Pregunta: Se nos ha dicho que el Maestro llega cuando el discípulo está apto. Cómo sabemos cuando el Maestro llega?*

*Respuesta:* Creo que uno debe saberlo por el hecho mismo. Si una persona se dedica a aprender a nadar o a tocar un instrumento, conocerá que ha llegado el tiempo de su aptitud, cuando sabe que puede hacer estas cosas. Ha sido, en verdad, tan insensiblemente gradual el proceso, que sería difícil definir el momento preciso que separa el período de incapacidad del período de la maestría. No obstante, los dos períodos son distintos. Lo mismo ocurre con el disciplinado. Cuando cae el muro que separa al Maestro del discípulo, éste SABE.

J. W. O.

---

*Pregunta: Para poder ser miembro de la Sociedad Teosófica es necesario creer en la Reencarnación, Karma, Kamaloca, Devachán, Mahatmas y la Magia?*

*Respuesta:* Decididamente, no. No se necesita aceptar ninguno de aquellos principios. Para muchos representan doctrinas demasiado nuevas y extraordinarias, y por lo tanto imposibles de ser comprendidas al momento. Pueden apartarse, pero siendo, como son ciertamente, verdades que pertenecen a la naturaleza espiritual, su comprensión la adquiere, tarde o temprano, el estudiante fiel. Hay personas a quienes estas verdades llegan como bebidas refrescantes a labios sedientos. Dan la solución racional de muchos problemas de la vida,

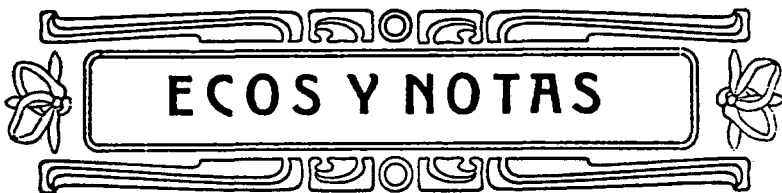
de otra manera inexplicables. La condición única y necesaria para adquirir el carácter de miembro de la S. T. es el reconocimiento del principio de la Fraternidad Universal que, en su aplicación práctica, tiende hacia el bien de la humanidad sin diferencias de raza, credo, sexo, casta o color. Pero no basta la mera creencia en este principio, se debe trabajar decididamente, incansablemente por su cumplimiento. Puede o no creerse en un Dios, se puede profesar un credo, una religión, una filosofía, o ninguna. Estos asuntos pertenecen tan sólo a las personas. Lo que sí importa es obrar diaria y continuamente según su más elevado ideal, ejercer hacia los otros esa estricta tolerancia y pura caridad que en justicia se reclama para sí. Cuando la vida se ordena en esta forma, se asegura el crecimiento y el progreso; porque si consideramos los derechos de los demás iguales a los nuestros y los protegemos en todo nuestro alcance, matamos, por falta de ejercicio, las propensiones degradantes de nuestra naturaleza inferior. Quienquiera que con sinceridad haga semejante esfuerzo, adquiere conocimiento de las verdades de la vida, toda su naturaleza se pone a tono con las armonías universales, y a medida que se desarrollan sus poderes, principia a vislumbrar aquel futuro grandioso que constituye la herencia del hombre.

W. M. T.



## ELECCIONES EN LA RAMA "VENEZUELA"

En cumplimiento de lo prescrito en sus Estatutos se reunió este Cuerpo, en la noche del 24 de junio, para elegir los nuevos funcionarios que, por un período de tres años, han de representar las funciones ejecutivas de la Rama. El resultado de las elecciones fue: para Presidente, F. Domínguez Acosta; Vice-Presidente, doctor Rafael Villavicencio; Secretario de Correspondencia, Juan José Benzo; Tesorero, Miguel Benzo; Bibliotecario, Alfredo Gilède; Secretario de Actas, A. González Jiménez. En el mismo acto entraron los nombrados en el desempeño de sus cargos; y después de considerar y resolver otros asuntos pertinentes a nuestra organización, terminamos aquella grata oportunidad de acercamiento, de cordialidad, de tolerancia mutua, genuinamente teosófica, y de trabajo.



# ECOS Y NOTAS

## “The Theosophical Quarterly”.

Acerca de este periódico hay una nota en los informes de la Convención de Abril en que se le estima como el primero que hoy se escribe en el mundo. No puede ser de otra manera. Su sitio es también el primero, su labor, su programa, su visión, sus responsabilidades, su ambiente. Por la universalidad precisamente de su método y actitud al reivindicar el principio divino en la vida y el principio de la fraternidad en los hombres, la voz del *Quarterly* nos viene como de montaña abajo, hacia todo lo ancho y profundo del valle de la humanidad. Es un grito del espíritu, para hacer nuestra una frase de William Q. Judge. También es cierto que el núcleo teosófico no debe ni puede constituir sino un medio impersonal que reintegre en la grandeza de su síntesis la unidad de las ideas en la filosofía, la unidad de las religiones en la ética, la unidad interna del mundo en la vida; y por ese su carácter indeclinable y único que traduce en el plano de las sociedades el pensamiento y la voluntad de los Maestros, el *Quarterly* no se cristaliza en la forma estacionaria de los sistemas especiales, por sobre ellos domina su cima propia y la línea entera de los horizontes en torno, sugiere rumbos liberadores, despierta a las razas a su camino y a su verdad, va hacia todos con la generosa mansedumbre de la luz de los cielos, y en el desfile de los sacerdotes, de los creyentes, de los estadistas, de los filósofos, de poetas y héroes y masa de naciones, habla todas las lenguas como en el día de Pentecostés los apóstoles nazarenos, porque habla la lengua divina y universal del espíritu. Charles Johnston opina que nunca fue tan necesaria la Sociedad Teosófica como en el severo y penetrante momento histórico contemporáneo. Opina asimismo, que cesan las tendencias desintegradoras de un ciclo que desmaya en nuestros lindes para ceder el espacio y el tiempo a las tendencias opuestas de otro ciclo organizador y constructor. De aquí que crezca, en sentido directo, el interés de la misión del *Quarterly*. Para que esta misión

salve el cerco fronterizo y alcance al mundo, en la faena reintegradora subsiguiente a la cultura milenaria, que ahora se agrieta y demuele, importa que el *Quarterly* reparta en todas partes el mensaje de los Maestros que lleva en el verbo y en la luz de sus columnas. Importa que salga de los pocos hacia la muchedumbre y la zona remota. Así en el decurso del tiempo, no dudamos, que el *Quarterly* venga a ser, para fortuna de todos, el periódico de la humanidad. Sus recientes números dan este precioso resumen: *Notas y comentarios sobre el cristianismo y la guerra, Fragmentos, Por qué me uní a la Sociedad Teosófica, Genghis Khan, San Vicente de Paúl, Cartas a los amigos, George Macdonald, místico; Patanjali y sus discípulos, Teosofía y Comercio, Sobre la Pantalla del Tiempo, Una regla de Vida, Crónica, y Preguntas y Respuestas.* Esto llena la edición de Abril, y la de Julio trae: *Notas y comentarios sobre los principios de la paz, Cartas a los amigos, El padre agustino Baker, eminente director espiritual; El Espíritu Santo, Pablo el discípulo, El renacimiento, Mahoma, Teosofía y Comercio, II; Sobre la pantalla del Tiempo, Una regla de Vida, Preguntas y Respuestas, La Convención Teosófica.*

Está demás encomiar el mérito de estos artículos escritos para todos los hombres, cualesquiera que sean sus opiniones y creencias.

### La Doctrina Búdhdica.

La Rama "Venezuela" ha entregado a la casa Maynadé de Barcelona, España, para editarla, esta obra que hacía falta en las bibliotecas de lengua nuestra. Lo vierte del italiano nuestro compañero y colaborador Jose H. Lupi, en ese estilo ingenuo, blando, gracia y gozo del arte y de la filosofía hindús. Nada pierde de su pureza originaria. Sencillo en su luminosa profundidad, trae en páginas de un brillo terso la tersura impecable de la vida de Gautama Buddha, el más perfecto de los hombres. Da gusto ver aquel rayo de luz bajar de Kapilavastu a los caminos, a las aldeas, a las ciudades, a los bosques, a los ríos, crecer en fulgencia como si de él mismo manara la fuente de la llama que no habrá de apagarse más, y bajar; así, a la penitencia, al sacrificio, al dolor, para que el mundo tuviera un sendero y una verdad hacia la liberación y el Nirvana. Ocurre con estas grandes vidas, que se dan, en pan y vino de redentor, al que las conoce. Ese el privilegio de este libro bello y poderoso que anunciamos a los lectores de América. Es para el niño que no ha entrado entre los hombres, es para el viejo que

ha salido de ellos, es para la mujer, para el héroe y para el sabio, para todos. Hará mucho bien, porque se mide mejor a Jesús a través de Buddha, y se saborea mejor el cristianismo. Recortamos, al azar, estos cuadritos admirables:

“El hijo de Kesa de Kalama llegó a la presencia de Buddha y le dijo: “Maestro, todo sacerdote y monje me decanta su fe como la única verdadera y condena las otras como falsas. La duda me atormenta. No sé a quién debo escuchar las palabras.” Buddha respondió: “Tus dudas son fundadas, oh Kesaputta (hijo de Kesa). Escucha lo que te voy a decir: No creas en nada sólo por haberla oído decir; ni en tradiciones, porque son viejas y han llegado hasta nosotros a través de muchas generaciones; ni por fama, porque los hombres hablan mucho de ella. No creas por el único hecho de tener delante el testimonio escrito de un antiguo sabio, ni porque las probabilidades concurren en favor de alguna cosa, o porque una larga, añosa costumbre te induzca a tomarla por verdadera. No creas en nada sólo fundándote en la autoridad de tu maestro y sacerdote. Aquello que según tu propia experiencia y estudio corresponda a tu razón, y sirve para tu bien y salud lo mismo que para el bien y salud de todos los seres, tómalo como verdad y vive según él. (Anguttara-nikaja).”

“Ninguno, sino tú mismo, haces el mal, así ninguno, sino tú mismo, por esto, sufres. Por propio esfuerzo adquieres el mérito, de la misma manera te descartas de culpas. La culpabilidad como la santidad dependen de tu propio obrar. Ninguno puede redimir a otro (Dhammapadam).”

“Todo nuestro ser es consecuencia de lo que hemos hecho: lo han producido nuestras acciones y le han dado forma. A quien habla y obra con mala voluntad sigue el dolor, como las ruedas del carro siguen la bestia que las arrastra. El que habla y obra con buena voluntad es seguido de la dicha como de su propia sombra. (Dhammapadam). Mi acción es mi posesión, mi hacienda, el regazo materno que me dió a luz, mis parientes, mi refugio. (Anguttara-nikaja)..... Ni en las lejanías del espacio inmensurable, ni en medio del mar, ni en los profundos senos de las montañas, encontrarás sitio donde escapes del castigo de tus malas acciones. (Dhammapadam).”

Daremos aviso oportuno de la aparición de este libro ya famoso.

## Abril y Julio.

No habiendo podido publicarse, por varios inconvenientes, nuestra Revista en el trimestre anterior, aparece hoy aumentado el número de sus páginas. No se interrumpe, de esta suerte, la serena labor que emprendimos desde 1913, en el ingenioso propósito de servir en algo, y según nuestra manera de pensar y de creer, al principio teosófico de la fraternidad humana.

## “Virya.”

Esta elegante Revista de Costa Rica trae en su hoja final el denuncia de que se dice por ahí que *hay varias clases de Teosofías*. No hemos leído hasta ahora, a lo menos en las publicaciones de América, una afirmación tan peregrina; pero nos basta para creerlo la buena fe de los escritores de *Virya*. Por lo tanto nos unimos a su protesta explicada, en pro del sentido universal y único de la filosofía y de la ética teosóficas.

## Los “Fragmentos.”

Podrían llamarse los diversos cuadros de oro. Los repuja *Cavé*, admirable pluma del *Quarterly*, con esmero exquisito de color, de ritmo, de espíritu, todo hondo y claro, y rebosante del perfume de una gloria intensamente sana. Son episodios cazados aquí y allá en el misterio, especie de ecos profundos y lejanos que llegan a nuestros oídos como una enseñanza del maestro, como una advertencia del amigo, como un llamamiento a la liberación. Quizás se diga que sus matices fingen desmayar en esquivas tonalidades que casi vagan en la emoción del ensueño, pero penetrantes, pero sensitivos, pero sugerentes. Parece que su sonido huye, pero no se puede negar con justicia que se nos acerca y nos llena. A veces, cuando se ven los “Fragmentos” a la ligera, da la percepción de una neblina por lo inconsistente del fondo, o bien por los contornos escapados; pero sirviéndonos de nuestra propia experiencia aconsejamos que se inquiera mejor y más, que se medite más y siempre, con la promesa de que se revelará, con la alegría vencedora de un rayo de sol, el secreto de una firme síntesis viva, benévola y espiritual. Esto explica el prestigio del pequeño libro. DHARMA empieza a publicarlo ahora, vertido del inglés por uno de nuestros escritores de fila delantera, que asocia a su rica fibra estética la emoción del místico y la substancia del pensador.

## De España.

Con una dedicatoria, breve en palabras pero extensa por su genuina cantidad de espíritu, y que nos mueve a tender la mano por sobre el océano para estrechar, en són de reconocimiento y fraterna cortesía, la de don Javier Pintos Fonseca, editor, hemos recibido el último libro de M. Roso de Luna, cuyo nombre suena en América. Se llama el nuevo opúsculo *Beethoven, teósofo*. Principiarlo a leer es terminarlo de una sola vista, por lo claro, por la suavidad y frescura de agua que esparcen las ideas, por el cautiverio de los períodos discretos, sonoros y nobles. Y con tal esmero y perspicacia labora el autor en su personaje, que a poco se abre en nosotros, de modo espontáneo, la excepcional y titánica visión del músico y del místico. No conocíamos, de cierto, las caras gemelas que el explorador intuitivo y sagaz nos exhibe, ahora, de la montaña, a la vez abrupta y vasta y armoniosa, en cuya magnitud temeraria tomaron vuelo y cima dos siglos brillantes. Conocíamos sólo al maestro de los tríos melodiosos, de las sonatas, de la instrumentación, del ritmo, de las sinfonías imperecederas, del pentagrama hondo e inexhausto, de la batuta pitagórica. *Es siempre brusco*, dice de él Cherubini. Cuéntase que cuando difundía el secreto vivo y hechizador de su violín en la estancia, bajaba del techo, lenta, como a compás, una araña para oírle. Piensa úno, con respeto cordial, en lo que sentiría, al verse admirado, aunque de cerca, desde un silencio lejano e inaccesible, aquel enorme nacido en Bonn, aquella posteridad ascendente de Mozart, aquella ascendencia sin émulo de Ricardo Wagner; en lo que sentiría de fino, de sutil, aquel mágico tejedor de las notas más heroicas, más dolorosas, más emotivas, más infinitamente tristes, en presencia de la hábil tejedora de los hilos más tenues. Cierta día la madre sorprendió el arácnido encantado, y se afaná en matarlo. ¿Fue ira o dolor? no se sabe; pero Beethoven rompió el instrumento. Incomprendido, taciturno, rebelde, obstinado, con el corazón en la soledad como un cordero sin redil ni madre; sordo el oído magno, complejo, Beethoven llora, grita de angustia. Como los transeúntes del sendero angosto de los iniciados, el grito naufraga en los aires muertos y oscuros. En su *Sinfonía en do menor* triunfa, también en la *Pastoral* donde habla el arroyo, la selva sonora, la brava nube, la plegaria. Beethoven sufre y llora. En la *Sinfonía heroica* triunfa, también en la *Novena Sinfonía*, en la *Batalla de Vitoria*, en *Missa solemnis*, Beethoven grita de angustia.

Al fin y al cabo no le sirve la gloria sino de Verónica clemente para enjugarle el sudor en la vía de la amargura, y mostrar al mundo en la misericordia del paño el rostro ensangrentado. Roso de Luna entra en esos dolores, exhuma el grito, recoge el llanto, para de esta suerte despejarnos de los crucificados que viajan hacia el espíritu, el costado herido y la colina melancólica. “¡Oh! ¡Dios mío!—le escribe a su hermano Carlos—tú lees en mi corazón y sabes cuán largo espacio ocupan en él mi amor al prójimo y mi inclinación al bien.” Su filosofía continua: la de Platón, que viene de la síntesis; bebe fortaleza y se nutre con provecho en los héroes de Plutarco, le dan la guía y el modelo Sócrates y Jesús, a través de un concepto teleológico y panteísta oye correr y fluir la música de la divinidad en la naturaleza; era como potencia, un resumen étnico aquel grandioso arquitecto de la emoción y de la nota. Rabrindanath Tagore, el poeta hindú, le canta: “La lluvia cae mansamente, la noche ha cerrado por completo y nuestro espíritu sigue la palabra del Poeta.....Tú ¡oh Beethoven! has bajado de tu solio y te has dignado llegar a la puerta de mi choza.....Todo cuanto hay de áspero y de disonante en mi vida se funde en suave armonía y mi adoración a lo Infinito despliega sus alas como un pájaro alegre y libre que tiende su vuelo por sobre el mar.....Con los bordes del ala desplegada de mi canto rozo humilde tus pies. ¡Ebrio de la alegría de cantar, me olvido de mí mismo y te llamo amigo, a tí que eres mi Señor, La luz de tu música ilumina al mundo. El soplo viviente de tu música corre de un cielo a otro. La sagrada catarata de tu música se abre paso a través de los obstáculos de piedra y continúa en impulso infinito. ¡Ay! Tú has cogido mi corazón en la red infinita de tu música!.....¡Y, sin embargo, yo ignoro en verdad cómo cantas! ¡Te escuchó siempre en Silencio!.....”

### Dos Voces.

En *El Despertar*, del Estado Cojedes, N° 168, ennoblecen sus columnas dos cartas que obligan a la lectura atenta y amable por lo que contienen de escuela, de evangelio y de alma. Las firman el general F. de P. Vásquez y el doctor J. A. Cuevas Báez. Ambos ratifican el artículo de nota: “La hora de la Justicia”, publicado en una de las Revistas de España. Con ese motivo, en medio de la movilidad de una dicción austera y nutrida, Vásquez bruñe la opulenta hondura de este concepto precioso: “Gobernar su propio yo, es triunfar de los de adentro y de los de afuera.” Y para gusto y beneplácito de los ave-



riguadores de verdades, explota toda la riqueza de ese concepto con la segura idoneidad de un minero el filón de oro. Y ciertamente, y apartando nieblas, si se pone la mira en el asunto, no se tarda en venir a la fe de que nadie valió alguna cosa en el radio privado o en el social sin que de los inexhaustos bosques que arraigan en nuestros interiores, haya cortado o extraído, para la subordinación del medio o de la época, la vara de dominador. Porque el hombre, así sea el más humilde entre sus semejantes, guarda en sus cajas secretas la suma intacta de las maravillas del mundo. De allí tiene lo que quiera: el encanto y la compostura de Teresa de Jesús, los panales de Francisco de Asís. Tiene, si le va en gana, el acero de Roma, o las rosas de Jesucristo. Pero ocurre, de ordinario, que no sabe, ni siquiera procura saber nada de eso, esto, que él es Aladino y también la lámpara milagrosa. En vez de irse por entre sus adentros a buscarse, para manejar con entereza, y vigor de dueño, las riendas de la vida, aventura hacia los enredos de afuera el paso obsesionado y oscuro, a mendigar a las puertas extrañas una moneda o un pan que le abunda en casa. Los más estimados caracteres de la historia salieron de sí mismos. Se gobernaron el corazón, se gobernaron la cabeza, y sólo en esto encontraron el sólido punto de apoyo para la palanca con que movieron pueblos, sistemas, altares, revoluciones y civilizaciones. Ninguno más desvalido entre los que andan en la evolución universal que el desconfiado en la grandeza de su propio imperio. La fe allana las montañas, dice el Nazareno. Pero gobernarse equivale a purificarse de todo motivo de caída, de vicio, de egoísmo, de odio, de áloe y de broza estéril. Nació para el rebaño, o para siervo, quien lo es de su amor propio. El hombre que se gobierna nació para Señor. Gobernarse, a la vez que llama a señorío glorioso las cosas de virtud, da derecho absoluto a guiar hombres. A Vásquez le sobra razón; porque aquel que se afirma en sí está en su mejor sitio, en su torre de fortaleza y vigilancia, o en su ciudadela. Cuevas Báez responde a la carta anterior, encuadrando el tremendo significado del momento contemporáneo en líneas de colorido, a todas luces, elocuente. Sabe ver en el drama. Lo juzga sin pusilanimidades, antes por el contrario con amable valentía discreta; lo juzga a lo largo y a lo ancho, de bulto, de lleno; en toda la magnitud de sus papeles gravemente magníficos. Liga el gran drama al pasado delincuente, en la forma en que se liga la sentencia del reo a la pasada culpa. Habla como teósofo, es decir, como científico de buena cepa y filósofo; y viendo en la enorme pira incendiada el caso de una finalidad de justicia, de repa-

ración, de sanción, de misericordia, o el caso de un ciclo que desmaya en nuestras riberas, sintetiza el caso en esta forma solemne: "está para terminarse el saldo de las cuentas de las antiguas edades." Así es. Las viejas épocas comparacen para la dolorosa expiación, cruzan su leña, en señal de holocausto, sobre el ara de hierro. ¡Oh criminales, oh corruptores, hijos de la sombra, perversos que gustáis de acibarar la copa de vuestros semejantes; tiranos, precisa de que os convenzáis de que el *mál sólo está en el malhechor, en tanto que el bién está en la plenitud del universo*. Así la reacción de la ley del universo, que ni tarda ni se precipita, arde y consume las escorias de una raza que puso angustias en el corazón de la humanidad.

Las dos cartas anuncian el nuevo pensamiento o la nueva vía, y a los dos heraldos armados del ideal inmarcesible, expresamos el cariño de los compañeros sinceros.

### Carmen Mateos de Maynadé.

Los colaboradores de DHARMA rinden sus más sentidas expresiones de duelo a D. Ramón Maynadé, jefe de la *Biblioteca Orientalista* de Barcelona de España, por la muerte de su distinguida y altamente apreciada señora doña Carmen Mateos de Maynadé, cuyos éxitos intelectuales conocemos hace algún tiempo. Trabajó, sirvió a su época y a su raza con ofrendas de ideas saludables y de abnegación. Con respeto solemne llegamos a su tumba recién-abierta, elevando hasta ella un pensamiento de gozo y de paz espiritual.

### Congregación "Prana."

El 24 de junio entró de nuevo en actividad, en Valencia, como parte integrante de la Rama "Venezuela", este centro de estudios teosóficos. Se organizó en esta forma: Presidente, doctor L. N. Vermorel; 1er. Vicepresidente, N. Veloz; 2º Vicepresidente, M. J. Ramos; Bibliotecario, C. Ferelli; Tesorero, M. de Acevedo; Ecónomo, A. P. Acevedo; Secretario, M. M. Acevedo.

Como miembros honorarios figuran los siguientes: Charles Johnston y Clement A. Griscom, de New York; Juan José Benzo y F. Domínguez Acosta, de Caracas; general Mauricio de la Cueva, de Altagracia de Orituco; doctor Hércules Maldonado, de Ciudad Bolívar; doctor Antonio S. Briceño, de Barquisimeto.

Les damos la bienvenida a todos estos fervorosos trabajadores por la fraternidad de los hombres. Conscientes de la misión de la Sociedad Teosófica, de su método y de su actitud, estos miembros de la Rama "Venezuela" sabrán difundir el espíritu y el mensaje de los Maestros en el ambiente donde viven y se activan generosamente.

### "El Nuevo Pensamiento."

Ya en prensa nuestra Revista hemos recibido este quincenario que sale a la publicidad en San Carlos, Estado Cojedes, dirigido y administrado por el doctor J. A. Cuevas Báez, de quien hacemos mención en otra parte de estas crónicas. Tiene el lucido cuerpo de redactores siguiente: doctores P. V. López-Fontainés, Antonio S. Briceño, U. Torrealba Alvarez, L. Castillo Amengual, Manuel Silveira, Rafael Méndez Figueredo, Antonio Trujillo V., bachilleres Bartolomé Losada y Rafael Rodríguez López, J. I. Insausti, J. J. Benzo, generales Mauricio de la Cueva y F. de P. Vásquez. Tratará sobre teosofía y literaturas orientales. Explana sus propósitos en amplias líneas generosas; y de los contribuyentes a su texto figuran el doctor Antonio Trujillo V. con un bello artículo sobre *Jesucristo*, y el doctor Cuevas Báez con otro de nombre *Conócete a ti mismo*, pleno de ilustrados razonamientos.

Saludamos al nuevo compañero, con nuestros votos porque éntre de lleno en el carro de Aryuna, en la hora suprema en que Krishna suena sobre el mundo su concha celeste, y llama a la acción, a la acción heroica, a la acción por todos los bienes, a sus valerosos servidores.

## LIBROS DE VENTA

en la Biblioteca de la Sociedad Teosófica

Canónigos a Esperanza número 38

CARACAS

<p>LA VOZ DE LA INDIA.....B. 1,50</p> <p>FILOSOFIA DE LA ALIMENTACION. 2,50</p> <p>EL HOMBRE Y SUS CUERPOS..... 2.</p> <p>LUZ EN EL SENDERO..... 1,50</p> <p>LA VOZ DEL SILENCIO ..... 1,50</p> <p>DOCTRINA DEL CORAZON ..... 1,50</p> <p>EL PODER DEL PENSAMIENTO, SU DOMINIO Y CULTURA..... 2.</p> <p>VEGETARISMO Y OCULTISMO..... 75</p> <p>LA CLAVE DE LA TEOSOFIA..... 6.</p> <p>EL RESPETO A TODO SER VIVIENTE EL HOMBRE; FRAGMENTOS DE UNA HISTORIA OLVIDADA ..... 3.</p> <p>NUESTRA RELACION CON LOS NIÑOS ..... 75</p> <p>HACIA EL TEMPLO ..... 3,25</p> <p>REENCARNACION EN EL NUEVO TESTAMENTO ..... 1,25</p> <p>EL SISTEMA AL CUAL PERTENECEMOS ..... 1.</p> <p>CREENCIAS FUNDAMENTALES DEL BUDDHISMO ..... 2.</p> <p>APOLONIO DE TYANA ..... 2,50</p> <p>PITAGORAS ..... 4.</p> <p>BHAGAVAD GITA ..... 3.</p> <p>EL DESPERTAR ..... 2.</p> <p>LA INICIACION ..... 3,50</p> <p>LO QUE ES LA TEOSOFIA ..... 2,50</p> <p>EL UMBRAL DEL MISTERIO ..... 4.</p> <p>FILOSOFO AUTODIDACTO..... 4.</p> <p>EL BUDDHISMO ESOTERICO ..... 2,50</p> <p>EL MUNDO OCULTO ..... 8.</p> <p>PROTECTORES INVISIBLES ..... 3.</p> <p>MANUAL TEOSOFICO Y CONSTITUCION SEPTENARIA ..... 2.</p> <p>CIENCIA OCULTA EN LA MEDICINA MAGIA BLANCA Y NEGRA ..... 2,50</p> <p>LOS TRES SENDEROS DE PERFECCION ..... 5.</p> <p>LEYES DEL DESTINO ..... 2,50</p> <p>EL CRISTIANISMO ESOTERICO.... 4.</p> <p>SIETE GRANDES RELIGIONES..... 6.</p> <p>EN ARMONIA CON EL INFINITO.... 6.</p> <p>LOS GRANDES INICIADOS ..... 4.</p> <p>LEYES DE LA VIDA SUPERIOR.... 8.</p> <p>A LOS PIES DEL MAESTRO ..... 1,50</p> <p>EDUCACION DE LA VOLUNTAD..... 2,50</p> <p>CARTAS ROSACRUCES ..... 5.</p> <p>POR LAS PUERTAS DE ORO..... 2.</p> <p>MAGIA EGIPCIA ..... 8.</p>	<p>EL SELLO DE SALOMON.....B. 2,50</p> <p>MORALISTAS GRIEGOS ..... 4.</p> <p>GUARNALDAS DE AMOR ..... 2.</p> <p>DEUDA FATAL ..... 4.</p> <p>TRAGEDIAS DE ESCHILO ..... 4.</p> <p>SABIDURIA DE LOS UPANISHADS.. 1.</p> <p>CONFUCIO ..... 1.</p> <p>FILOSOFIA ESOTERICA DE LA INDIA VISLUMBRES DE OCULTISMO..... 2,50</p> <p>LA MEMORIA DE LOS NACIMIENTOS PASADOS ..... 8.</p> <p>COCINA VEGETARIANA ..... 1,25</p> <p>EL TESORO DE LOS HUMILDES. 4.</p> <p>ZANONI ..... 1,50</p> <p>LA RAZA FUTURA ..... 8.</p> <p>CARTAS QUE ME HAN AYUDADO.. 8.</p> <p>EL CORAN ..... 2.</p> <p>HACIA LA GNOSIS ..... 4.</p> <p>JUNTO AL HOGAR..... 4.</p> <p>SENECA ..... 4.</p> <p>OJEADAS EN EL SANTUARIO ..... 4.</p> <p>EL DHAMMAPADA Y EL NARADA SUTRA ..... 3,25</p> <p>CLARIVIDENCIA Y CLARIAUDIENCIA ..... 2,50</p> <p>LA BARBARIE CRISTIANA EN EUROPA ..... 1,50</p> <p>FRATERNIDAD LEY DE LA NATURALEZA ..... 1,50</p> <p>VISLUMBRES DE OCULTISMO(TELA) ..... 2.</p> <p>BOSQUEJOS TEOSOFICOS ..... 1,50</p> <p>ECOS DEL ORIENTE ..... 1,50</p> <p>LA SABIDURIA ANTIGUA ..... 5.</p> <p>LA INICIACION ..... 3,50</p> <p>EL PLANO ASTRAL Y EL DEVACHAN FORMAS DEL PENSAMIENTO EN COLORES ..... 2,50</p> <p>EL HOMBRE VISIBLE E INVISIBLE ( COLORES ) ..... 14.</p> <p>KARMA ..... 13.</p> <p>VIDA DE JEHOASHUA ..... 1,50</p> <p>HISTORIA DE LOS ATLANTES..... 6.</p> <p>LA PERDIDA LEMURIA ..... 6.</p> <p>EL MAS ALLA DE LA MUERTE..... 6.</p> <p>A LOS QUE SUFREN..... 2.</p> <p>LA DOCTRINA SECRETA (2 TOMOS PASTA DE LUJO)..... 50.</p> <p>ISIS SIN VELO (3 TOMOS)..... 30.</p>
--	---

NOTA.—No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su respectivo importe.

Para encargos dirigirse al señor Miguel Benzo.